
ARCHIE
LOWAN
LA SERPIENTE
DEL ESPACIO
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Archie Lowan

LA SERPIENTE DEL ESPACIO

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

Depósito Legal V. 2321.—1962.

Número de registro : 4775.—1962.

PRINTED IN SPAIN

EDITORIAL VALENCIANA. —VALENCIA



CAPITULO PRIMERO

Aquí K2-K5. ¡Torre de control de la Tierra! Necesito ayuda. Aquí K2-K5. Torre de lanzamientos y de control de la Tierra. Por favor, ¡necesito ayuda! Conteste, Torre de control dé la Tierra. Conteste. Estoy envuelto por una nube de color anaranjado, donde descuellan grandes llamaradas rojizas y miles de gigantescos abejorros me están atacando. ¡Por favor, Torre de control de la Tierra! Manden inmediatamente refuerzos. Mí situación es...

El magnetofón lanzó un chirrido lúgubre. El mensaje se había terminado.

El Profesor Duglas Lin. un hombre alto, magro, de facciones angulosas y ojos azules e inexpresivos, detuvo la marcha del magnetofón, que seguía lanzando chirridos discordantes. Luego, levantóse del mullido sillón que ocupaba, tras su enorme mesa de despacho y sus ojos se quedaron mirando, detenidamente, a los tres hombres que tenía enfrente.

—Señores—dijo con voz pausada—. Terminan de escuchar el mensaje que nos lanzó, desde un lugar ignorado. K2-K5.

nomenclatura que, ustedes saben, escondía la personalidad del Comandante Ándfiev.—Hizo una pausa bastante espectacular. Luego prosiguió: —Todos los periódicos de la Tierra llevaron la noticia. Su misteriosa desaparición llenó de incertidumbre a los sabios. Después, éstos, tras largos y penosos estudios, llegaron a la conclusión de que e[Comandante había enloquecido a causa de la ingravidez. Esa nube misteriosa, de color anaranjado y grandes llamaradas rojizas, así como esos miles de grandes abejorros, no eran otra cosa que fruto de su mente extraviada. Eso, al menos, fue lo que los sabios adujeron.

Calló un instante. Sus manos se entrelazaron en la espalda y comenzó a medir, con sus grandes pasos, la estancia. Los tres oyentes no perdían ni una de las sílabas que pronunciaba el Profesor Duglas.

—Dos largos años han transcurrido, desde la desaparición del Comandante Andriev. Si hoy vuelve a estar de actualidad, es porque hechos importantes, acaecidos recientemente, así lo requieren. Caso de no haber ocurrido éstos, la cinta que ustedes terminan de escuchar, estaría en los archivos de nuestra torre de control, llena de polvo, como otras muchas. Pero no hace apenas dos meses, el Teniente Coronel Hyde, desapareció do la misma manera misteriosa. Y, en su mensaje, también habla de la nube anaranjada, de las llamas rojizas y de los abejorros gigantescos. Hace menos tiempo todavía, el desaparecido fue el Capitán Richer y su mensaje fue análogo. Ayer fue el Coronel Briter el que lanzó su llamada de socorro. La nube anaranjada y los abejorros gigantes eran el motivo fundamental del mismo. Por lo tanto, señores, debo decir que los sabios que calificaron de locura lo que vio el Comandante Andriev, se equivocaron. Nuestra misión es descubrir lo que hay tras este oscuro y misterioso telón.

Uno de los oyentes, bajo, rechoncho, de ojos pequeños y brillantes, pasó su regordeta mano por la barba, antes de decir:

—Profesor. Creo que, antes de comenzar nuestro trabajo, deberíamos saber cuál era la posición de las naves espaciales, cuando se tropezaron con ese fenómeno.

El Profesor Duglas miró inquisidoramente al hombre.

—Esa es una de las cosas que ignoramos. General Mac Tury. Sólo sabemos que todos ellos perecieron al intentar llegar a Júpiter, saltando desde nuestra base de Marte.

—¿Cuántas horas de vuelo llevaban, al producirse el encontronazo con la nube?—La pregunta la formuló Harry Morgan, el Jefe del Servicio Secreto Espacial.

—No lo sabemos a ciencia cierta. Aunque se supone que unas doce, aproximada-mente.

—En ese caso—respondió rápidamente el tercero, Lionel Yuste, astrónomo y Jefe del Departamento de Investigaciones Científicas del Espacio—debían encontrarse metidos de lleno en la región de los planetoides o asteroides.—Hizo una pausa. Todos se le quedaron mirando. Lionel Yuste prosiguió:—Va a ser bastante difícil nuestra tarea, ya que la región de los planetoides está toda completamente por explorar. A excepción de Ceres, el mayor de todos los demás se han despreciado siempre, por su ridícula pequeñez. Y todos sabemos que hay más de 1.500 planetoides.

Las palabras del astrónomo sumieron en un silencio especialmente a sus oyentes.

—Quizá sus predicciones sean exactas, Profesor Yuste. Pero nadie ha dicho aquí que se trate de un fenómeno nacido de los planetoides. —El Profesor Duglas hizo un gesto extraño—. Quizá sólo sea un fenómeno de tipo meteorológico y...

—No, Profesor—dijo el astrónomo, cortando al Profesor Duglas con un ademán de su nerviosa mano—. Nada de fenómenos meteorológicos. Estos, cuando se producen, tienen un alcance verdaderamente gigantesco y, en mi observatorio, estarían registrados. Mi opinión es que, de alguno de esos planetoides, se hacen experimentos de tipo nuclear. O quizá todavía sea peor. Nadie puede asegurar que, hombres de otros planetas, hayan escogido como base a uno de esos asteroides, para lanzarse al ataque contra la Tierra. Mi opinión, señores, es que nos debemos poner a trabajar rápidamente. Tal vez un peligro gigantesco se está cerniendo sobre nuestras cabezas, sin que lo sospechemos siquiera.

Los tres hombres palidecieron, ante las palabras del astrónomo. De no conocerle y saber cuál era su forma de ser, quizá sus palabras se hubiesen tomado a broma, Pero el Profesor Lionel Puste no era dado a las bromas, ni a los melodramas. Cuando había dicho aquello, era porque tenía sus razones.

El General Mac. Tury se levantó, como impulsado por un resorte. Sus ojos brillaron intensamente al dirigirse al astrónomo.

—¿Qué ciase de peligro es el que vislumbra. Profesor Yuste?

La pregunta fue como un escopetazo en el silencio de la sala. Todos la tuvieron a flor de labio, pero fue el General el que se adelantó a formularla. El astrónomo, hablando con tranquilidad, dijo:

—Mi opinión en este asunto no es, ni mucho menos convincente. Sólo sé lo que nos ha dicho el profesor Duglas y lo que hemos oído

por el magnetofón. Pero esa nube anaranjada, con llamas rojizas, se parece mucho a una descarga de tipo nuclear. Lo que me desconcierta son esos miles de abejorros gigantes. Sabido es que la descarga en la nube, por su acción radiactiva, ningún ser vivo puede resistirla. De ahí, que piense en otra cosa. Yo creo que esos mismos abejorros gigantes, son los que producen la nube. Bien porque no son tales abejorros, sino simplemente aeronaves impulsadas por descargas nucleares, o bien…—sus palabras quedaron en el aire. Se detuvo un segundo. Sus labios se plegaron en una amplia sonrisa—Quizá me tachen ustedes de loco, pero me inclino a creer que esos abejorros gigantes, no son otra cosa que seres diabólicos, procedentes de otros planetas. Seres de planetas donde reina el frío y esa nube no es más que el aliento normal de los mismos.

Nadie se atrevió a llevarle la contraria. Era todo demasiado fantástico para hacer cábalas. El General Mac Tury y el profesor Duglas asintieron, sin demasiada fuerza. Fue este último el que, volviéndose a sentar en el mullido sillón, fue observando uno a uno a sus visitantes, para decirles:

—Lo que sea, señores, no lo sabemos. Desde aquí podemos concebir miles y miles de teorías. Todas ellas pueden tener un razonamiento lógico. Pero quizá se aparten, en mucho, de la verdad. Lo que sí podemos decir que es cierto, es que esa maldita nube y esos malditos abejorros, han causado la muerte de cuatro de nuestros mejores cosmonautas. Hay que poner fin a este misterio y de ustedes espero una solución concreta. Tienen carta blanca en el asunto. Pueden disponer de todos los laboratorios, así como del material que necesiten. Hombres y equipos están a su entera disposición. Pero, quiero resultados positivos. No crean que mis órdenes son arbitrarias. Ustedes saben que estamos preparando una gigantesca expedición a Júpiter y no deseo que sea interrumpida en mitad de vuelo, por esa nube. Por lo tanto, señores, ya lo saben. Pónganse a trabajar inmediatamente. El Presidente de las Naciones Unidas de la Tierra, me ha recomendado que la investigación se lleve en el máximo secreto y diligencia. Buenas tardes a todos.

El General Mac Tury, Harry Morgan y el profesor Lionel Yuste, se levantaron. La audiencia había terminado.

Cuando salieron del amplio despacho, fue el General quien dijo:

—¿Por dónde empezamos?

Morgan respondió con rapidez:

—Creo que debemos ir donde está el mal. Es decir, debemos hacer una investigación en esos planetoides. ¿No lo cree usted así,

Profesor Yus- te?

—Sí. Es lo más acertado. Ahora bien, la expedición será larga y peligrosa. Para ello, necesitamos de hombres competentes, valerosos y con absoluto desprecio de sus vidas.

Morgan sonrió.

—Yo los encontraré.

Hablando, habían llegado a la puerta del enorme edificio donde se alojaban las oficinas de Defensa y Control Espacial de la Tierra. Cada uno marchó hacia su diminuta silla volante. Antes de despedirse, Morgan habló de nuevo.

—Mañana por la tarde nos reuniremos. Cada uno que lleve un estudio completo de sus investigaciones. ¿Les parece bien?

Los dos asintieron. Se estrecharon las manos y, después de sentarse en su respectiva silla volante, salieron disparados por los aires.

* * *

Harry Morgan fue el único que no montó en su silla. Quedóse contemplando cómo se marchaban sus compañeros. Una tibia sonrisa floreció en sus labios. Era una sonrisa de preocupación, de dolor. Y, como siempre que algo le llenaba la mente por entero, se dijo asimismo que lo mejor sería pasear un rato.

Mientras caminaba por las amplias avenidas, su cerebro funcionaba con extraordi-naria rapidez y mucho más si éste era azotado por la brisa marina. De ahí que sus pasos se dirigieran hacia el próximo puerto.

Caminaba ensimismado, sin darse cuenta de los mil viandantes que se cruzaban en su camino, al perfume salobre de las algas marinas, llenaba el ambiente. Harry Morgan, sintió que la garganta se le resecaba y quiso entrar en una de las tabernas del puerto, a beber un buen trago de cerveza.

Entró, pues, en una taberna. El mostrador era largo y sucio. Varios hombres estaban sentados en pequeñas sillas, ante las toscas mesas; otros, se acodaban negligentemente en el mismo mostrador.

Todavía no había hecho más que entrar; cuando restalló en el aire una brutal blasfemia. Una silla voló por los aires y un muchacho, de cabellos rojod como la sangre, de apenas unos veinticinco años, esquivó el improvisado proyectil, al tiempo que se lanzaba en tromba contra su enemigo. Este resultaba ser un gigantón negro, de brutales facciones.

—¡Cochino negro!-—exclamó el muchacho pelirrojo—. Vas a pagar cara tu osadía.

Su puño, como impulsado por un resorte de acero, incrustóse en el diafragma del gigante de ébano. Este acusó el golpe y dio unos pasos hacia atras, arrastrando mesas y sillas en confuso revoltijo. Pero lejos de medir con su cuerpo el suelo, se rehízo, atacando a su vez. Sus brazos semejaban aspas de un molino de viento. El pelirojo tuvo que dar tres espectaculares saltos para zafarse de aquella lluvia de golpes.

Los parroquianos del inmundo tabernucho, lejos de separar a los combatientes, les animaban con sus gritos. El favorito era el gigante negro, como es natural.

—¡Burton, bien!

—¡Dale una paliza a ese bravucón!

—¡Duro con él!

—¡Destrózale su cabeza de azafrán!

—¡ Vamos!

—¡Dale una lección!

El pelirrojo, alto y nervudo, lucía una sonrisa en sus labios irónicos. Sus piernas se movían con inusitada rapidez, esquivando los terribles puñetazos del negro.

—¡Maldito! Deja de bailar de una vez—rugía el negro rabiosamente.

Ike, que así se llamaba el pelirrojo, lanzó una carcajada, al tiempo que el puño derecho dejaba su impronta en la achatada faz del negro. Este lanzó un rugido. Su rostro comenzó a sangrar aparatosamente. La sangre dio nuevas fuerzas al negro, que saltó como una hiena hacia su enemigo Uno de sus puños rozó el hombro de Ike. Este cayó cuan largo era. Un rugido de triunfo salió de todas las gargantas. Burton lanzóse como una fiera. Pero, descuidó su guardia. Ike, desde el suelo, le propinó una terrible patada en el bajo vientre. El negro encogióse como un ovillo. Ike se levantó con musitada rapidez, al tiempo que aplicaba la brutal caricia de sus puños en el rostro y tórax de Burton. El negro vaciló unos segundos, tambaleándose como un beodo. Ike continuó golpeándole brutalmente, hasta que Burton, incapaz de aguantar por más tiempo aquella lluvia de golpes, se desplomó sin sentido.

Los espectadores de aquella singular pelea, se quedaron boquiabiertos. Burton era el terror de aquellos barrios. Nadie había podido vencerle y mucho menos noquearle. No sabían si lo que habían presenciado era cierto o es que lo estaban soñando. Pero no. Allí, sonriente, con su cabeza de azafrán, estaba el autor de aquella hazaña. Y con la inconsciencia e inconstancia de la humanidad, los que pocos segundos antes estaban animando al negro para que

venciera, ahora comenzaron a vitorear a Ike.

—¡Viva el vencedor!

—¡Ha demostrado ser más fuerte que Burton!

—¡Es un verdadero hombre!

—Aquí está mi mano, muchacho.

Pero lke no olvidaba fácilmente las intenciones de aquellos hombres. Por eso, les miró despectivamente, al tiempo que escupía:

Renacuajos cobardes. Ahora queréis ser amigos míos, cuando sólo hace un segundo deseabais que ese pedazo de carbón me rompiese la cabeza. Dejadme. ¡Me dais asco!

Y dando media vuelta, salió, sin prisas, de la taberna.

Harry Morgan había presenciado la pelea desde el principio. La forma de pelear de aquel muchacho pelirrojo le satisfizo. Y acostumbrado como estaba a buscar hombres valerosos para el servicio Secreto, supo, desde el primer instante, que estaba frente a uno de ellos. Por eso se fue tras él rápidamente.

En la calle, Ike arreglábase los desperfectos causados en la pelea. Después se fue. Caminaba lentamennte hacia uno de los embarcaderos. Las primeras sombras de la noche cubrían el puerto.

Buenas noches—dijo Morgan, adelantándose a saludarle—. He sido uno de los espectadores de la lucha que ha sostenido usted contra ese negro. Quiero felicitarle. Ha demostrado usted poseer buenos puños e inteligencia.

Ike quedóse parado un segundo. Durante este tiempo hizo objeto de un detenido estudio de su interlocutor. Sus ojos acerados sonrieron irónicamente, mientras que sus labios se movían con rapidez.

—¿Era usted también de los que deseaban que me rompiese la cabeza?

No—fue la rotunda negativa de Morgan—No tengo el gusto de conocer ni a usted, ni al gigante ese negro. Soy un admirador del valor y de la destreza, así como de la potencia de los puños. Y he visto que usted posee ambas cosas. Por ello me he decidido a hablarle—Hizo una corta pausa y después dijo:—Permítame que me presente. Mi nombre es Harry Morgan.

La sonrisa esfumóse en los labios de Ike. Sus ojos brillaron más intensamente.

—¡El Jefe del Servicio Secreto Espacial!—exclamó.

El asombro y la sorpresa se juntaron en el rostro de Harry Morgan. De muy pocos era conocida su personalidad. Para la mayoría, solo era un comerciante de tejidos; para los demás, un ser completamente desconocido. ¿Cómo era posible que aquel hombre,

al parecer marino, conociera su personalidad? Fue a preguntárselo, pero, pensándolo mejor, se abstuvo de hacerlo. Ya Ike explicaba:

—Perdone que se me haya escapado su verdadera identidad,. Usted quizá quisiera saber porqué lo sé. Es muy sencillo. Mi nombre es Ike Andriev. Soy hermano del Comandante Andriev que murió hace unos años, mientras cruzaba el espacio con su nave. Él trabajó a sus órdenes y, muchas veces, me dijo su nombre y sus cualidades. Por mi hermano, hubiese entrado yo también a pertenecer a ese Servicio, pero...—lanzó una carcajada amarga—. Mi hermano murió antes de que me decidiera. Después, ya nunca más pensé en usted, ni en su Servicio.

A Morgan, el saber aquello, le hizo el efecto de un trallazo en el corazón. Quizá la casualidad le había puesto frente al hombre que necesitaba. Por eso, sonriendo sucintamente, dijo:

—Celebro conocerle, Ike. Me agradaría invitarle a pasar un rato en mi casa. Tengo una cerveza que no es corriente encontrarla por estos lugares. ¿Hace?

Ike rió divertido.

—Como no tengo nada mejor que hacer y me atrae esa cerveza, hace.

Y se estrecharon las manos con cordialidad.

CAPITULO II

Ike, cuando salió de la casa de Harry Morgan, estaba enterado de lo que se proyectaba, en relación con la misteriosa muerte de su hermano. El Jefe del Servicio Secreto Espacial, le había puesto en antecedentes, rogándole se uniese a ellos. Ike no quiso prometer nada. Tenía que meditarlo detenidamente. La misión, según le aseguró el propio Morgan, debía ser muy peligrosa, dado el misterio que la envolvía. Pero no era el peligro lo que le asustaba a Ike, sino el hecho de entrar a formar parte de una corporación eminentemente disciplinada.

Ike Andriev, hermano del Comandante Andriev, no era amigo de disciplinas de ninguna clase. Siempre campó por sus respetos e hizo su santa voluntad. Todos cuantos le conocían, decían que estaba un poco loco. Era el bohemio por excelencia. Ni su hermano pudo nunca sujetarle. De muy niño, dejó el colegio y se enroló en un transatlántico. Cruzó casi todos los mares. Después quedóse en Asia y allí, en la enorme y legendaria China vivió, durante varios años, entregado a los más diversos oficios. Después, regresó a Norteamérica para hacerse piloto civil. Más tarde, dejaba el empleo para marchar a una expedición a la Luna. Era, pues, un temperamento inquieto. La aventura y el peligro los llevaba diluidos en las venas. No se podía dominar y el verse sometido a una rígida disciplina le atormentaba, le asustaba.

Fue caminando por las amplias avenidas, en medio de las sombras de la noche. Sus pensamientos iban de un lugar a otro, sin fijarse, ni detenerse. Sabía que su deber era ayudar a Morgan en su cometido. Muchas razones se lo ordenaban. La primera, el ser ciudadano de las Naciones Unidas de la Tierra; la segunda, el ser hermano del desaparecido Comandante; la tercera... su inagotable afán de peligros y aventuras. Pero el mismo Morgan le había dicho que, para ayudarles, era necesario que ingresase en la organización del Servicio Secreto. Y eso era lo que le imponía. Debía meditarlo. Su libertad valía más que el oro. Si se unía a Morgan, ya nunca más podría hacer su libre albedrío. Estaría condenado, para siempre, a las órdenes de sus superiores.

Encendió un cigarrillo y siguió caminando. Por fin, al llegar a un amplio patio, se detuvo. Con un llavín abrió la puerta de hierro y subió rápidamente las escaleras. Ya en el pasillo, nuevamente abrió una puerta oscura, penetrando en su apartamento. Sin encender la luz, ni desnudarse. tumbóse en la cama.

—Sí que es una papeleta—murmuró en voz alta, mientras fumaba despaciosa-mente.

Su cerebro daba vueltas y más vueltas al problema. Tumbado como estaba, percibió un extraño ruido. Parpadeó nerviosamente. La mano que sostenía el cigarrillo, quedóse a veinte centímetros escasos de la boca. Sus músculos se tensaron, mientras aguzaba el oído.

No. No se había equivocado. En el apartamento había alguien. ¿Quién podría ser? Vivía solo desde hacía mucho tiempo. ¿Cómo era posible que hubiesen entrado? Y, ¿para qué?...

Con movimientos felinos, procurando no hacer el menor ruido, fue alzando la mano hasta donde se encontraba el interruptor. Encendería la luz y, al mismo tiempo, se lanzaría fuera de la cama.

El ruido de la respiración del visitante llegaba hasta los oídos de Ike cada vez con mayor claridad. Ahora no tenía ninguna duda. En su cuarto había un inoportuno visitante. Sin quererlo, pensó en el negro Burton. Tal vez deseaba vengarse la paliza que le había propinado.

Su mano derecha rozó el percutor. Una sonrisa de triunfo apareció en sus labios. De súbito, pulsó el botón e iluminóse la estancia. Ike dio un salto, al tiempo que caía sobre el visitante y le propinaba dos fuertes puñetazos. Un grito de dolor y angustia rompió el silencio. Ike quedóse pasmado. Allí, en el suelo, noqueada por la fuerza de sus puños, había una mujer. La sorpresa fue terrible. El muchacho no sabía qué hacer. Estaba desconcertado.

La muchacha pues no debía tener más de veintitrés años, estaba en el suelo inconsciente. Ike inclinóse hacia ella, para recogerla y dejarla sobre la cama. Al hacerlo, vio que tenía una cabellera rubia, larga y ensortijada. Su rostro era ovalado, de facciones correctas y hermosas. De busto prominente, estrecha cintura y acusada cadera, era lo que vulgarmente suele decirse, todo un tipo de mujer. Ike no pudo reprimir un silbido ele admiración.

—¡Vaya criatura! Es todo un poema.

La dejó muellemente sobre la cama y quedóse contemplándola admirativamente.

—Es muy hermosa. Pero, ¿quién será y qué hacía aquí en mi cuarto? Creo que lo mejor es que la haga volver en sí y me lo diga ella misma.

Fue a por una toalla, que mojó convenientemente. Luego de escurrirla un poco, humedeció con ella la frente de la muchacha. Esta, al sentir la frialdad de la toalla, fue abriendo lentamente los ojos. Ike pudo verlos. Eran unos ojos grandes y azules.

El joven llenó, después, un vaso con coñac, que le ofreció.

—Tome. Beba un poco. Le reanimará.

La muchacha, casi inconscientemente, no se hizo repetir el ofrecimiento. Bebió. El efecto fue inmediato. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, lanzando un grito ahogado.

—¿Qué hace usted aquí?

Ike limitóse a sonreír burlonamente.

—Creo que esa pregunta debo hacerla yo, ¿no le parece?

La muchacha, ya más dueña de sí misma, sentóse sobre la cama. Su pecho oscilaba visiblemente, a causa de la excitación de aquél falso momento.

—Es usted un solemne bruto—dijo, todavía dolorida—. ¡Ah!, me ha golpeado con tal fuerza que por un momento, creí que la casa se me venía abajo. —Sus ojos brillaban de ira.

Ike la observaba, desconcertado.

—Pues, si he de serle sincero—dijo—le he golpeado a tientas. Así es que...

La muchacha intervino bruscamente.

—¿Me quiere decir quién es usted?-—hizo una pequeña transición, que resultaba tirante, cambiando, poco después, el tono de su voz—. Pero no es necesario. Márchese con viento fresco y déjeme en paz. Me molesta su presencia.

Ike rascóse la cabeza. Aquella muchacha era una belleza, desde luego, pero debía tener trastornada la cabeza. ¿Sería debido al golpe? No. No era posible. Estaba ya completamente chiflada, antes de que él entrase en la habitación.

—Ante todo, creo que debemos puntualizar. Esta habitación es la mía. Por lo tanto, la que se debe marchar con viento fresco es usted.

La muchacha abrió, casi más que pudo, sus hermosos ojos azules.

—¿Que es suya esta habitación?

—Exactamente. Eso es lo que he dicho.

—Pero, ¡es imposible!

Ike rascóse nuevamente la cabeza, con descortesía.

—¿Cómo imposible?

—Pues claro. Esta tarde, cuando llegué, me dijo la portera de la finca, que esta habitación pertenecía a Ike Andriev.

—Exacto.

La muchacha quedóse mirándole detenidamente unos segundos y después lanzó una sonora carcajada. Al hacerlo, inclinó la cabeza hacia atrás, mostrando un cuello torneado, de reflejos nacarinos.

Ike, cada vez más desconcertado, dijo de mal talante:

—No sé a qué viene esa risa.

La muchacha hizo un esfuerzo para contenerse.

—¿Así que usted es Ike Andriev?

—El mismo. Y no le veo la gracia por ninguna parte.

—Jamás me lo hubiera imaginado así.-—La muchacha se abstuvo de hacer ningún comentario.

—¿Cómo así?...—La pregunta era autoritaria, amenazadora.

—Quiero decir con esa cabeza...

—Con esa cabeza de azafrán, ¿no?

La muchacha lanzó otra carcajada, más fuerte que la anterior.

A Ike no le hizo ni pizca de gracia la observación que él mismo le había dado hecha. Aquella joven estaba burlándose de él y, la verdad, no Je agradaba demasiado. Por eso, rugió rabioso:

—¡Terminemos dé una vez! No sé quién es usted, ni qué es lo que se propone. Así que voy a llamar a la policía para que se la lleven de una vez. Ya estoy harto de aguantar sus ridículas bromas.

La joven se puso repentinamente seria

—Perdone—dijo—Me llamo Diana Suca.

—¿Y qué? Todavía estoy en ayunas. No sé quién es Diana Suca.

-—¿Que no lo sabe?

—No.

—Pues soy la hermana de su cuñada.

Ike dejóse caer en una silla. Sí. Ahora comenzaba a recordar. Su hermano se había casado, cuando estaba él en Asia. No había acudido, por lo tanto a su boda. Se enteró por una carta que le escribieron y unas fotografías adjuntas a la misma. No sabía dónde las tenía guardadas.

Cuando regresó, para hacerse piloto civil, su hermano ya había muerto; así es que no tuvo ningún interés en conocer a su cuñada. No sabía ni cómo se llamaba siquiera. Y ahora tenía, ante él, a la hermanita. Pues sí que... No podía quejarse. Aquel día había sido movido y lleno de sorpresas.

—-Está bien. ¿Y a qué a venido a Nueva York?

Diana se le quedó mirando inquisidoramente.

—Creo que no es ese, precisamente, el recibimiento que me merezco.

Ike no era descortés con las mujeres, pero estaba cansado de tanta sorpresa.

—Oye, desembucha pronto, porque la verdad es que tengo un sueño atroz. ¿ A qué has venido, si puede saberse?

Diana se puso en pie de un salto, enfrentándosele agresivamente.

Era alta y con aquel gesto de amazona ofendida, estaba todavía más hermosa.

—Ya me dijo mi hermana que no viniese a verte. Me aseguró que eras un bohemio, la oveja negra de la familia. Ni tu hermano, con tanto que valía, pudo hacer nada de ti. Pero yo, boba de mí, le dije que quizá te juzgaban demasiado a la ligera. Ahora veo que no. Eres un bruto, un...

Ike encogióse de hombros con indiferencia.

—Alto, niña, no te embales. Habla con más cordura que te puede sentar mal. Y deja de añadir epítetos altisonantes, que no me producen ninguna mella. ¡Ah! Y por si no lo sabías. Me importa un comino lo que tu hermana piense o deje de pensar de mí. No tengo el gusto de conocerla. Se casó con mi hermano. Esa es la única relación que tenemos. Y acabemos de una vez.

—Pero...—Los ojos de Diana brillaron iracundos—. ¿Es que no tienes sentimientos?

—No lo sé. Cuando me hayas dicho todo lo que necesito saber, puede que te lo diga.

Diana bajó la cabeza vencida por aquella ironía.

—Está bien. Soy Profesora de Química Nuclear. He venido a Nueva York, porque se celebra aquí un Congreso y he sido requerida al mismo. Pero no quería marcharme sin haberte conocido y saludado de parte de mi hermana.

lite la miró más detenidamente. ¿Así que aquella muchacha era nada menos que Profesora en Química Nuclear y ya asistía a Congresos y tal...? Pues sí que era lista la niña.

—Bueno—le dijo sonriendo—. Ya me has visto y me has saludado. ¿No quieres nada más?

—No.

—Pues, buenas noches. —Tú acuéstate en la cama. Yo lo hare en el sofá que hay en la otra habitación.

Diana lanzó un bufido.

—No necesito que te molestes. ¡Me marcho!

—Tú no te vas a ninguna parte, a estas horas. Así es que te acuestas y en paz.—La miró con un gesto duro, que no admitía réplica—. Y andando. No me gusta repetir dos veces la misma cosa. Buenas noches.

Y salió rápidamente de la habitación, cerrando la puerta tras sí.

Diana le vio marchar y la rabia que sentía le salió por los ojos.

—Es un bruto, un bruto...

Ike, por su parte, tumbóse en el sofá. Y encendió un cigarrillo, al tiempo que murmuraba:

—¡Vaya con la sabionda! Por su culpa voy a tener que pasarme la noche en vela. Porque aquí, sobre este maldito y viejo sofá, no hay quien pegue un ojo.

* * *

A la mañana siguiente, Ike se levantó antes de que el sol penetrase por su ventana. Le dolía todo el cuerpo.

—¡Ah!—exclamó desperezándose en una actitud inadecuada—. Qué mal he dormido.

Se fue al cuarto de baño y preparó la bañera con agua caliente.

—Creo que, con un buen baño, me quedare como nuevo.

Pero no fue así. Después de salir del agua, secarse y vestirse, todavía le dolía todo el cuerpo.

—Estoy hecho una birria. Y lo malo del caso, es que le había prometido a Harrv Morgan darle hoy una contestación definitiva. Y, por culpa de esa mocosa, no he tenido tiempo ni de meditar.

Acercóse a la puerta de la habitación donde descansaba Diana y nudilleó con insistencia. Desde dentro le contestó la joven:

—No te molestes en entrar.

Ike no hizo ningún caso. Entró. Diana estaba vestida y peinada. A la luz del día era todavía más hermosa.

—Buenos días. Supongo que habrás descansado estupendamente.—Al decirlo, miraba con nostalgia la cama—. Yo estoy dolorido.

—Pues no he dormido. Y ahora, deja que me marche. Es la hora del Congreso y…

—Te llevaré. Vamos.

Sin decirse ni una palabra más, salieron del apartamento y bajaron las escaleras. Montaron en las sillas volantes y, segundos después, tomaban tierra frente al gran edificio de Defensa Sideral.

—Aquí es dijo Diana—. No te digo Que entres, porque tu sitio no es este. A ti te cuadra mejor una taberna del puerto.

Ike no pudo contenerse por más tiempo.

—Oye, marisabidilla, ten la lengua quieta, porque ya me estoy cansando. Como vuelvas a decir otra inconveniencia, te atizo fuerte.

Diana replicó irónica:

Salió el matón. Para eso es para lo único que sirves. Para pelear como lo hacen las bestias. Sólo tienes músculos pero lo que es cerebro…

-Si te doy un tortazo verás dónde va a ir a parar tu cerebro. ¿Pero qué te has creído, mocosa? Si no tengo un puesto de

importancia es porque no quiero tenerlo. En más de diez ocasiones me lo han ofrecido y siempre he rehusado. Diana burlóse del joven pelirrojo.

—Quizá porque sólo haya sido en sueños.

Iba a contestarle de mala manera, cuando a sus espaldas escuchó una voz.

—Buenos días, señor Andriev. No esperaba verle tan temprano. Sabía que se decidiría pero no tan pronto.

Ike se volvió rápidamente. Harry Morgan le sonreía satisfecho. Junto a él había dos hombres más. Harry hizo las presentaciones.

—General Mac Tury. Profesor Lionel Yuste Este es el hombre del que les he hablado. Ike Andriev, hermano del desaparecido K2-K5, el general y el Profesor alargaron la mano que Ike estrechó, sin saber realmente lo que hacía. A su vez, y todavía aturdido, presentó a Diana. El profesor Lionel la conocía de oídas y estuvo muy satisfecho de poder hablar con ella. Y. mientras la muchacha y el astrónomo se hundían en una conversación puramente científica, el General y el Jefe de los Servicios Secretos Espaciales, charlaron con Ike.

—Le felicito—le dijo el General—. Sé que nos va a ser de mucha utilidad. Mientras veníamos, el señor Morgan nos ha estado haciendo su apología. Con usted y con otras dos personas más, que seguramente ya estarán buscadas, la expedición no me cabe la menor duda de que será un éxito.

Ike fue a responder, que él todavía no se había decidido a nada. Pero no pudo hacerlo. Harry Morgan ya decía:

— Ahora subiremos a mi despacho y le daré el nombramiento. Además, tengo que ponerle en antecedentes y decirle lo que pensamos hacer.

Ike ya no podía volverse atrás, hubiera sido romper la confianza que en él habían depositado aquellos hombres. Pero una ira reconcentrada brilló en sus ojos. Todo se había resuelto de aquella manera, por culpa de Diana. ¡Maldita sea!. Sus ojos la buscaron y, en aquel instante, llego hasta él la risa alegre y despreocupada de la muchacha. Estaba celebrando alguna gracia del Profesor Lionel Yusté.

CAPITULO III

El gigantesco Imperio del Sol Naciente, que con sus millones de habitantes, fue el último que entró a formar parte de la Confederación de Estados Unidos de la Tierra. Los chinos no estaban muy conformes con unirse a los occidentales. Después de muchas conversaciones diplomáticas y tras ímprobos esfuerzos, se consiguió que se unieran. Y ya hacia doce años que el Imperio del Sol Naciente formaba parte de la confederación.

Ahora bien, muchos eran los chinos que no estaban contentos y, pese al tiempo transcurrido, todavía habían fanáticos que deseaban la independencia y la separación.

Estos basaban su disconformidad en la enorme diferencia de razas, de pensamiento y de civilización de los pueblos. Para ellos, China debería ser la cabeza de la Tierra, por ser la más antigua historia y la mayor nación de la Tierra y por estar convencidos de que sus habitantes tenían una inteligencia superior a los demás terrícolas.

Uno de los característicos fanáticos, era el Profesor Lin-Fú. Hombre de edad mediana, de inteligencia poco común, había descollado, desde su juventud, por sus estudios de Física Nuclear. En la actualidad, era una autoridad en Astronomía, en Matemáticas, en Física y en vuelos espaciales. Los sabios de occidente, no tenían más remedio que reconocer que Lin-Fú era uno de los hombres más prestigiosos de su tiempo. Sus investigaciones, sus descubrimientos y sus inventos, habían dado un fuerte avance a la técnica del Siglo.

Y mientras en Nueva York, en el enorme edificio donde se alojaban las oficinas de los Departamentos de Defensa Espacial, el astrónomo Profesor Lionel Vusté, el General Mac Tury, el Jefe del Servicio Secreto Espacial, Harry Morgan, y el pelirrojo Ike Andriev, c,onversaban animadamente sobre la forma como se debían comenzar las exploraciones en los desconocidos y pequeños planetoides, en el mismo corazón de China, cerca del gigantesco desierto de Gobi, se alzaba un hermoso palacio y en él, Lin-Fú, sentado tras su mesa de despacho, escribía afanosamente en un grueso libro. Un momento después, se detenía, levantando la cabeza. Sus oscuros ojos oblicuos tenían una mirada penetrante y escrutadora. Sus labios se plegaron en una sonrisa de extrema crueldad. Alargando la mano derecha, recogió un papel dé la lisura

de la mesa y, mecánicamente, estuvo leyéndolo. Sus labios se contrajeron.

—¡Malditos!—rugió colérico—. Queréis descubrir el misterio de los abejorros gigantescos. ¡Necios! Tenéis muy corta la inteligencia para ello. Primero jugaré con vosotros y después os destruiré. China será el centro del Universo Yo Lin-Fú, así lo he prometido ante la tumba de mis antepasados.

Estrujó el papel, con la misma saña que si éste fuese la cabeza de uno de sus enemigos, arrojándolo con furia. Después oprimió un botón. Segundos más tarde, la puerta del despacho se abría sigilosamente y entraba un hombre alto y fornido. Llevaba la cabeza completamente rapada v de sus ojos negros, también oblicuos, se desprendía una mirada extraña y dura. Era Ka-Yu el ayudante sumiso del Profesor Lin-Fú. Sus gruesos labios musitaron:

—¿Que es lo que deseas, amo?

El Profesor hizo un ademán imperativo. —Los occidentales pretenden llegar a conocer e! misterio de los abejorros gigantes. Hay que obrar con la mayor cautela y rapidez.

—Así se hará, amo.

—Prepara inmediatamente mi nave espacial porque voy a realizar un largo viaje. Tú me acompañarás.

—Está bien. ¿Cuándo saldremos?

—Esta misma tarde.

—Todo estará listo, amo. ¿Debe acompañarnos alguien más?

—Sí. Deseo que la linda Lin-Sun venga con nosotros.

Los ojos de Ka-Yu brillaron enigmáticamente. —Debo recordarte, amo, que la joven Lin-Sun no desea verte. Está muy enfadada.

El Profesor Lin-Fú lanzó una carcajada.

—Ya lo sé. Por eso deseo que venga. Tengo una agradable sorpresa para ella.

Ka-Yu inclinóse ante el Profesor, saliendo de la estancia con el mismo sigilo con que había entrado.

* * *

Los días habían pasado con bastante rapidez v los preparativos para la expedición estaban todos concluidos. Ike creyó, por un momento, que le acompañarían en esta aventura todos sus organizadores, pero se equivocó. Solo el Jefe del Servicio Secreto Espacial, Harry Morgan, formaba parte de la misma. El astrónomo Profesor Lionel Yuste y el General Mac Tury, se quedaban en la Tierra, para mandarles, si lo necesitaban, algunos refuerzos.

Así, pues, Ike quedóse sorprendido y disgustado cuando supo que la expedición se iba, a componer solamente de seis personas. El piloto, un muchacho joven y risueño, que respondía por el nombre de Alberto Berdi; el copiloto Jim Tilo, otro muchacho dinámico y agradable; Harry Morgan; el ayudante del Profesor Lionel Yuste, a quien Ike no conocía todavía y ¡Diana Suco, la hermana de su cuñada! (cuando se lo comunicaron, exclamó:

¡Eso no puede ser!… No es que yo tenga nada en contra de las mujeres. Pero, en una exploración como esta, creo que sobran. Y más aún esa entrometida «sabelotodo». Que no, hombre, que no. Yo no me embarco con faldas, ni a la Isla de Manhattan. Ya está bien con tenerlas que soportar por la calle, en los bailes y… bueno, hasta en la sopa. Si esa rubia viene, yo me quedo tranquilamente a dormir la siesta en mi apartamento. ¡Pues estaría bueno!

Harry Morgan fue quien le dio la noticia, no pudo reprimir una carcajada.

—Pero hombre… La muchacha es un elemento imprescindible. Es una notoriedad en Física Nuclear y nos hace mucha falta.

—Pues que venga un hombre. Pero esa rubia explosiva que no hombre, que no. Ya está bien de aguantarla.

Morgan no dijo nada, hasta que vio a Ike un poco más calmado.

Ike, te ruego que me escuches con atención Diana Suco es una excelente Profesora y hace taita su presencia en esos planetoides. Y no solamente ella va a venir, sino que también vendrá Yolanda Maternich.

Ike frunció el entrecejo.

—¿Yolanda Maternich?—preguntó boquiabierto—. No sé quién es.

—Pues…

Ike cortó al Jefe del Servicio Secreto Espacial.

—Oiga. Vamos por partes. ¿No me dijo usted que solo iríamos seis a la exploración.

—Sí. Eso dije.

—Pues, ¿de dónde sale ahora esa Yolanda? Porque, que yo sepa, ya estamos todos. Usted, los dos pilotos, esa rubia que el diablo confunda, el ayudante del Protesor Lionel Yuste y yo. ¿Es que esa Yolanda ha caído de las nubes?

Harry Morgan sonrió. —No. No ha caído de ninguna nube, sino de un observatorio astronómico. Yolanda Maternich es, precisamente el ayudante del Profesor Yuste

Los ojos de Ike se agrandaron.

—¡Maldita sea mi estampa!—gruñó Mire señor Morgan. Yo en

esta vida he tenido muchos oficios, pero más que ningún otro, el de marino.

Los marinos somos un poco supersticiosos, ¿sabe? y nos molesta considerablemente que las mujeres suban a bordo. Yo, con dos faldas, casi estoy por volverme atrás y quedarme.

Morgan sonrió, pero sus ojos desmentían aquella sonrisa.

Ya nadie puede volverse atrás. Esta misma tarde saldremos hacia los planetoides. Todo está previsto y apunto. Además, los hombres que vamos somos los que hacemos falta. Tú eres un magnífico luchador, que conoce a la perfección toda clase de armas de fuego, sabes manejar una aeronave e improvisas hasta una bomba, si llega el momento de hacerlo. Los dos pilotos son lo mejor que tenemos en las Fuerzas Interplanetarias. Yo creo que no es necesario que me haga ninguna presentación; tengo que ir y voy. En cuanto a las dos mujeres, son indispensables. Si te he de ser sincero, también a mí me hubiese gustado mucho más que fuesen hombres. Pero ya ves que no es así y me aguanto. Por lo tanto, Ike, hay que hacerse el ánimo.

Ike alzóse de hombros resignadamente.

— Qué remedio. Usted lo pinta de una forma... Pero le aseguro que con esas mujeres no pienso tener trato alguno.

Harry Morgan hizo un gesto de inhibición.

— Eso sí que ya no puedo ordenártelo.

* * *

Pero Ike se equivocaba de medio a medio. No conoció a Yolanda, hasta el mismo instante de iniciar el vuelo. Resultó ser una muchacha de unos veinticinco años, de rostro agraciado y sonrisa picaresca. Su pelo negro contrastaba con el de Diana, aunque las dos hacían una buena pareja.

Ike silbó admirativamente a la morena Yolanda. Pero escondióse después en un rincón de la aeronave, dispuesto a cumplir, hasta el fin, su promesa. Pero si bien no quería trato con ellas, ellas sí deseaban tratos con él. Por eso, todavía no llevaban más de una hora de vuelo, cuando Yolanda y Diana se acercaron al rincón en que Ike se encontraba.

—¿Qué ánimos tiene nuestro guardián?—preguntó cáusticamente Diana.

Ike la miró con rabiosos oíos, pero sin pronunciar ni una palabra.

Yolanda intervino:

—Me parece verle a usted preocupado, señor Andriev.

—Claro que debe estar preocupado, querida Yolanda dijo rápidamente Diana, que no perdía ocasión de zaherirle—. Pesa una gran responsabilidad sobre el señor Andriev.

—¡Ah!, no lo sabía—exclamó Yolanda, con admiración burlona.

—Los poderosos brazos del señor Andriev, son los que han de librarnos de cuantos peligros nos amenacen. ¿No es cierto?

Ike permanecía estático, sin despegar los labios.

—Me alegro mucho de saberlo.—Yolanda había entornado los ojos en un alarde de fascinación exagerada—. Bajo su protección, se debe sentir una maravillosa seguridad.

—Sí, sí. ¡Qué duda cabe!

Yo estoy más tranquila con el señor Andriev a bordo.

—Y yo también, claro.

Ike seguía mudo.

Desde luego—continuó burlonamente Diana, nuestra expedición va a ser un éxito rotundo.

—¿Tú crees?

— Si. Estoy convencida de ello. Con la fuerza del señor Andriev y nuestra inteligen-cia, no podemos fracasar.

Ike no pudo contenerse más. Sus nervios, que habían estado a la máxima tensión, aguantando las burlas de las dos jóvenes, se desataron en un segundo. Dio un salto felino y plantándose delante de ellas dijo, con cara de pocos amigos y como mordiendo las palabras:

—¡Señoritas...! Esto se acabó.

Pero, en aquel momento, la aeronave hizo un brusco viraje, a consecuencia de una depresión de aire. Ike vaciló un momento. Quiso sobreponerse a su falta de estabilidad y, al forzar su posición, todavía, contribuyó más a su caída, rodando por el suelo aparatosamente. Las dos muchachas prorrumpieron en carcajadas, Ike, todavía sin levantarse, cerró los ojos cuanto pudo, apretando al mismo tiempo sus dientes, con una rabia de todos los demonios.

* * *

Tres días llevaban volando y se acercaban hacia la región de los asteroides. Las relaciones entre Ike v las muchachas no habían mejorado nada en absoluto. Ellas, a la primera ocasión, le lanzaban puyas cáusticas, tratando de ponerle en ridículo.

El que disfrutaba de lo lindo era Harry Morgan que, espectador neutral, se beneficiaba, de aquellas continuas querellas, que le hacían el viaje más cómodo y divertido.

La aeronave volaba raudamente, cortando el espacio. El piloto

Alberto Berdi, desde su cabina de mandos, habló por el altavoz:

—Estamos volando ahora sobre Até, el asteroide ciento once de la serie. ¿Qué hacemos? ¿Bajamos a ver lo que hay o seguimos volando?

Harry Morgan consultó con la mirada a Yolanda. Esta, había sacado unas cartas astronómicas y después de estudiar detenidamente en ellas, dijo:

—Bajemos. Desde Até podremos iniciar la ruta con mayor precisión. Necesito estudiar bien la órbita de algunos cuantos asteroides, que no los tengo definidos.

Morgan dio la orden.

—-¡Bajemos! Con mucho cuidado.

—Está bien, señor. Agárrense fuertemente, que vamos a perder altura.

Yolanda continuaba mirando sus cartas.

—¿Sabe usted, señorita Maternich, si Até tiene atmósfera?— preguntó Morgan a Yolanda.

—La tiene—fue la categórica respuesta de la joven—. No obstante, debemos bajar con el yelmo de cristal y las bolsas de oxígeno, así como con los receptores de pilas, para poder comunicamos. Sé que tiene atmósfera, pero no hemos podido calcular la cantidad de oxígeno que habrá en ella. Podría ser que no hubiera suficiente y, un descuido por nuestra parte, podría costamos la vida.

Morgan asintió con la cabeza. Utilizando el altavoz, dieron las órdenes pertinentes a los pilotos.

Lentamente, Morgan fue sacando los equipos espaciales y las dos muchachas se dispusieron a vestirse. Ike, desde su rincón, las veía hacer y una sonrisa florecía en sus labios. Era una sonrisa irónica y maligna. Quizá en su mente se estaba creando una broma pesada.

Cuando los seis estuvieron revestidos con los trajes espaciales, la aeronave fue dando un rodeo y perdiendo, poco a poco, altura; hasta que, después de varios vuelos en semicírculo, se posaba sobre la superficie del asteroide Até.

El primero en saltar fue el piloto; después, su ayudante. Ambos abrieron la portezuela donde iban los viajeros *y* éstos bajaron. La impresión fue grande. El panorama que se extendía ante sus ojos, era de una belleza paradisíaca. Había muchos árboles, pero de distinta forma y tamaño a los de la Tierra. El frío, bastante considerable por cierto, debía ser la causa de que aquellos troncos estuvieran casi pétreos y de que las hojas de los árboles fueran de un gris pedernal, deprimente.

Yolanda, al ver que no muy lejos de donde estaban corría un riachuelo, dijo:

—Creo que no son necesarios los yelmos. Aquí hay bastante oxígeno.—Y, uniendo la acción a la palabra, quitóse la campana de cristal que cubría su cabeza. En efecto, respiró a pleno pulmón y un vientecillo frío, pero reconfortarle, llegó a sus pulmones. Todos los expedicionarios la imitaron.

—Si no supiera que estamos en un asteroide —dijo Harry Morgan con énfasis—creería que nos hallamos en una ignorada región de la Tierra. ¡Qué hermoso es todo esto!

Ike también se había quitado el yelmo y miraba el extenso y frondoso panorama.

Diana, lentamente, se fue acercando. Pero, apenas había dado unos pasos, cuando se detuvo como si estuviera paralizada. Sus ojos se desorbitaron y lanzó un grito terrorífico.

—¡Por allí! ¡Por allí!...

Y, sin poderlo remediar, perdió el sentido.

CAPITULO IV

Ike sostuvo entre sus brazos el cuerpo inanimado de Diana, mientras sus ojos siguieron la dirección que la joven había señalado. Todos los expedicionarios hacían lo propio. ¿Qué habría podido ver Diana, para que le causase tal impresión? Pronto iban a saberlo.

Tras un pequeño promontorio, vieron salir un hombre esquelético y alucinante. Avanzaba hacia ellos, con pasos vacilantes e irregulares. Todos contuvieron el aliento. Yolanda tuvo que morderse los labios para no lanzar un grito de terror. Aquella especie de momia viviente continuaba avanzando, dando traspiés semejantes a los de un beodo. Su tórax, completamente desnudo, dejaba al descubierto, bajo una piel fina y blanquecina, todos los huesos. El rostro demacrado, daba la impresión de una máscara aterradora. Tenía los pómulos salientes, como queriendo romper la delgada piel que los cubría. Su nariz estaba achatada y semicarcomida, abierta en las profundas cavernas. Los ojos, hundidos en sus cuencas, desaparecían tras los huesos prominentes de las mismas.

Los terrícolas quedaron paralizados, ante aquella horrible visión. Fue el Jefe del Servicio Secreto Espacial, Harry Morgan, el primero en lanzar una exclamación desconcertante.

—¡Es el capitán Rieher!...

Instintivamente, y como impulsado por una fuerza superior, echó a correr en dirección al aparecido. La acción de Harry Morgan, fue secundada por Alberto Berdi y por Ike, que había dejado en el suelo el inanimado cuerpo de Diana. Nada más hicieron que iniciar la carrera, aquella momia viviente quedóse un segundo parada. Después avanzó hacia ellos, para ir a caer casi a los pies de Harry Morgan. Este, tuvo un momento de vacilación; después, inclinóse hacia el caído. Ike y Alberto le contemplaban en una actitud interrogante. Morgan alzó los ojos, para decir con voz rota por la emoción:

—Es el Capitán Rieher. De esto no tengo la menor duda.— Agregando en un tono que a él mismo tenía suspenso:—Está muerto.

Yolanda se les unía en aquel instante. Diana había vuelto en sí y también se acercaba al grupo, apoyándose en el robusto brazo de Jim Tilo.

Ike murmuró:

—Jefe, no entiendo ni una palabra de lo que usted dice. El Capitán Rieher murió hace más de dos meses. ¿Cómo es posible que sea este hombre?

—No hay ninguna duda. Es el Capitán Rieher —dijo Yolanda, que se había agachado a reconocer al muerto—. Yo le conocía bien y puedo identificarlo. Pero usted tiene razón, Ike. Este hombre murió hace lo menos dos meses.

—Y si murió, ¿cómo es posible que le hayamos visto andar ahora? Creo que me voy a volver loco?

Yolanda, plegando sus hermosos labios en una amarga sonrisa, quiso aclarar:

—Es bien fácil. Los que le cogieron prisionero, después de torturarle, y en su cuerpo están las huellas de haber sufrido una atroz tortura, le mataron. Pero no se contentaron con ello; le pusieron un corazón de plástico y sometieron su cerebro a una fuerte corriente eléctrica. Es decir, le dieron nueva vida. Una vida artificial.

Ike rascóse la rojiza pelambrera.

—Pero, ¿por qué lo hicieron? ¿Por qué lo mataron primero y después le dieron vida? Yo no lo comprendo. Era mucho más sencillo dejarlo vivir tranquilamente, si después habían de darle una vida artificia], ¿no?

Yolanda fue la que volvió a explicar:

—Creo que la razón es bastante clara. Es sabido, por todos que un hombre con corazón de plástico y sometido su cerebro a descargas eléctricas, se convierte en un autómata, en un ser sin voluntad, pero con la misma inteligencia que tuvo anterior-mente y con la misma facultad de desarrollo de esta inteligencia. Lo único que sucede es que su voluntad se pone al servicio del hombre que suministra las descargas eléctricas. Es decir, es, ni más ni menos, que un robot, pero con inteligencia propia.

Todos palidecieron al escuchar aquellas revelaciones.

—Creo que voy comprendiendo muchas cosas. Este descubrimiento, hace que nuestros planes tomen una ligera desviación.—Harry Morgan estaba la mar de pensativo—. Antes de tomar decisión alguna, debemos meditar. Lo primero que vamos a hacer es enterrar al pobre Capitán Richer. Después...

Fueron los dos pilotos los que se encargaron de la sagrada misión. Cuando acabaron, se reunieron todos bajo la sombra de la aeronave.

—Si es cierto lo que Yolanda Maternich nos ha dicho, y no

puedo ponerlo en duda, ya que yo también estoy enterado de estas macabras operaciones, la Tierra está amenazada de un grave peligro. Tienen que saber ustedes que tanto el Capitán Richer, como los demás desaparecidos, estaban enterados de una serie de secretos muy importantes para nuestra seguridad. A estas horas, estos secretos están en manos de nuestros enemigos, sean quienes sean. Hoy conocen todas las fuerzas de que disponemos, saben dónde radican las torres de control y dónde los depósitos de armas; así como una serie de descubrimientos de tipo espacial, que sólo ellos y nuestro Departamento estaban enterados. Tenemos, pues, que actuar rápidamente. ....

Un profundo silencio siguió a las palabras de Harry Morgan. Fue Ike el que lo rompió.

—Todo eso es muy extraño. Mientras sólo era descubrir de dónde procedía esa nube roja y esos malditos abejorros, la cosa era difícil y arriesgada, pero teníamos una esperanza. Ahora, las cosas se están poniendo muy oscuras. Yo, por lo menos, así lo creo.

Yolanda intervino.

—A mí me parecen igual de oscuras que antes.

—Le voy a hacer una pregunta—dijo Ike sonriendo irónicamente —. Según lo que me responda, sabré a qué atenerme.

—Diga usted.

—¿Hemos encontrado al Capitán Richer por casualidad o ha sido colocado en nuestro camino premeditadamente?

Yolanda quedóse desconcertada ante la pregunta. Fue Harry Morgan el que respondió por ella.

—Creo que ha sido la casualidad la que lo ha puesto en nuestro camino, Ike.

—Perdone que no esté de acuerdo con esa teoría. No creo en las casualidades. Quienes están detrás de todo este tinglado, han demostrado poseer una gran inteligencia, ¿no creen?

Todos asintieron en silencio.

—Pienso, pues, que no van a cometer errores de tamaño tan considerable. Estoy seguro de que han dejado al Capitán Richer en este planetoide, porque sabían que nosotros teníamos que venir aquí y, de esta forma, le encontraríamos. También sabían que haríamos deducciones y que estas deducciones nos separarían de nuestra línea de conducta. Porque eso y nada más que eso es, precisamente, lo que desean.

Nadie contestó a las palabras de Ike. Se quedaron meditando. Fue Diana, ya completamente repuesta, la que hizo esta pregunta:

—¿Cuál ha sido tu proceso mental, para llegar a semejantes

conclusiones?

Ike sonrió.

—Pues seguir sólo el camino de la lógica. Usted—dijo dirigiéndose a Yolanda —ha dicho que un hombre muerto, cuyo corazón sea de plástico y sometido a una serie de corrientes eléctricas que interesen el cerebro, vuelve a la vida, pero no a una vida normal, sino sujeto a la voluntad de otro. ¿Me equivoco?

—No.

—¿Cuánto tiempo puede vivir un hombre en ese estado?

—Indefinidamente, siempre que no le falte energía eléctrica.

Ike sonrió ampliamente.

—Lo sospechaba. Por eso pregunto: ¿Por qué el Capitán ha muerto, es decir, se le ha terminado la energía eléctrica, en el mismo instante en que nosotros nos hemos acercado a él? Es mucha casualidad que sólo haya tenido fuerzas para acercarse. Creo que es más lógico suponer que, el Capitán, sólo era un cuerpo inerte, que ha sido teledirigido. Seguramente, ya no les servía para nada y lo han puesto en nuestro camino, para despistarnos. Cuando lo han mandado hacia nosotros o, lo que es lo mismo, lo han dejado abandonado en este planetoide, es porque ya no les era de utilidad. No cometerían el error de abandonarlo para que algún día lo pudiéramos descubrir, si ese no era su deseo. Creo que no. Es mucho más sencillo enterrarlo o hacerlo desaparecer. No. amigos míos. El Capitán Richer ha venido hacia nosotros, porque así les interesaba.

Harrv Morgan se puso en pie, casi de un salto.

—Si lo que usted dice, Ike, es cierto, temo que las cosas se estén poniendo muy oscuras, como usted mismo ha calificado antes. Y para saberlo con certeza, creo que no hay nada más que un medio.

—¿Cuál?—fue la anhelante pregunta de todos.

—Hacer la autopsia del Capitán; Veremos si, efectivamente, su corazón es de plástico y si su cerebro lleva un receptor de ondas de gran alcance, es decir, si ha sido teledirigido.—Hizo una pausa muy corta—. Sé que es un trabajo desagradable y hasta inhumano, pero nosotros no tenemos otra solución. La vida de todos los terráqueos está en peligro y no podemos detenernos ante sentimentalismos que, en nuestras circunstancias, serían tontos. Vamos.

Las dos muchachas no se levantaron. Sólo los hombres siguieron al Jefe de los Servicios Secretos Espaciales. Los dos pilotos e Ike, cabizbajos, sentían un peso grande en el estómago. Más que miedo, era una inquietud extraña.

Harry Morgan llegó al lugar donde los pilotos habían enterrado

momentos antes, al Capitán y ordenó:

—¡Desentiérrenlo! Creo que es aquí donde han hecho la fosa, ¿no?

—Aquí es, señor—contestó Alberto Berdi.

—Pues manos a la obra.

Los dos muchachos se pusieron manos a la obra, observados por Ike y por Morgan. Cinco minutos más tarde, la pala de Jim Tilo, el copiloto, tropezaba con las botas de plomo del Canitán Rielier. Fueron con más cuidado. Pero cuál no sería la sorpresa de los terrícolas, cuando vieron que la fosa estaba vacía. Sólo las botas del capitán estaban en ella. Su cuerpo había desaparecido.

Los cuatro hombres se miraron desconcertados. ¿Cómo era posible aquello? Ike fue el primero en reaccionar, echando mano a su pistola de rayos masivos. Con los ojos desmesuradamente abiertos, fue buscando al desconocido enemigo,

—Me voy a volver loco—dijo, al no poder localizar a nadie.

Harry Morgan y los pilotos habían perdido el color.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡No puede ser!...—gritó histéricamente Alberto Berdi, con los nervios rotos Ante los gritos del piloto, acudieron Yolanda y Diana.

—¿Qué sucede?

—El cuerpo del Capitán Richer ha desaparecido—fue la, desconcertante contesta-ción de Ike.

—¿Desaparecido?—Diana no parecía dar crédito a lo oído.

—Alguien — dijo Yolanda con un hililIo de voz—hay en este planetoide que es nuestro enemigo.

—Eso mismo pienso yo—replicó Ike la mar de nervioso—. Pero, por más que miro por todas partes, no encuentro huellas de pisadas, ni nada. Además, cuando hemos venido, no hemos encontrado señales de haber sido revuelta la fosa. ¿Qué podrá ser?

Harry Morgan ordenó:

—Hay que explorar detenidamente todo este planetoide. Quizá encontremos alguna pista. Nos dividiremos en dos grupos. Alberto Berdi. Yolanda e Ike marcharán por una parte; Diana, Jim Tilo y yo por otra. Nos encontraremos en la aeronave. Si alguno de nosotros descubre algo, que descargue una bengala. Inmediatamente nos reuniremos. Pero, entiéndalo bien, Ike. No deje ningún rincón por mirar. Necesitamos saber dónde ha ido a parar el cuerpo del Capitán Richer y quién se lo ha llevado.

Todos asintieron en silencio. Ike, miró a Alberto Berdi y a Yolanda. En su mirada había una muda orden. Los dos sujetaron a la cintura sus pistolas masivas y se decidieron a emprender la

búsqueda.

La separación fue silenciosa. Nadie tenía fuerzas para pronunciar ninguna palabra. Lentamente, los dos grupos se fueron alejando…

* * *

Todo había sido inútil. Cinco días después, volvían a juntarse los terrícolas al pie de la aeronave. Nadie había visto nada. Até estaba completamente desprovisto de vida animal. Sólo aquellos árboles pétreos, de hojas grisáceas, eran la muestra de su vida. Ni la más ligera huella de animal u hombre encontraron. El cuerpo del Capitán Richer no había dejado rastro. Y aquel misterio, cada vez más impenetrable, hacía temblar los corazones de los terrícolas. No sabían qué pensar. Allí, en aquel planetoide, su misión había finalizado. Ni habían descubierto nada de la nube anaranjada y sus malditos abejorros gigantes, ni sabían dónde podía haberse escondido el cuerpo del Capitán. Y ante semejante dilema, Harry Morgan dijo:

—Hemos fracasado. Pero no hay que desanimarse. Si quienes asesinaron al Capitán Richer, querían que lo encontrásemos en aquel estado, lo han conseguido; y si su deseo era meternos el miedo y la duda en el cuerpo, también lo han conseguido. Pero lo que no conseguirán es que desistamos de nuestro empeño. Saldremos inmediatamente de este planetoide y nos marcharemos a otro. Uno a uno, tenemos que visitarlos todos. En uno de ellos, Dios sólo sabe en cuál, está la solución del enigma. Vamos. Aquí ya estamos de sobra.

Nadie replicó la decisión del Jefe del Servicio Secreto Espacial. En el ánimo de todos estaba el abandonar cuanto antes aquel maldito y misterioso planetoide.

Subieron a la aeronave y, después de breves segundos, las descargas de arranqué explotaban terroríficamente en el deshabitado planetoide.

* * *

Los expedicionarios salieron de Ate y se dirigieron a otro asteroide. En su peregrinación por el espacio no pudieron sacar nada en limpio. La más completa oscuridad se cernía sobre aquel misterio.

Dos meses después de haber encontrado al Capitán Richer y haber desaparecido tan misteriosamente, cinco habían sido los planetoides que habían explorado, sin ningún resultado positivo. Los ánimos iban faltándoles y hasta Ike, el, eterno optimista, perdía

las esperanzas de hallar una pista que les condujese a desentrañar aquel arduo problema.

La aeronave volaba ahora por el cosmos, en dirección a otro planetoide. Este, según Yolanda, era Papagena, que ocupaba el número cuatrocientos setenta y uno de la serie y tardaba en darle la vuelta al sol unos 1.793 días, poco más de cuatro veces lo que le cuesta a la Tierra.

En aquel instante, Diana, sentada junto a Yolanda, le hablaba animadamente.

—¿Crees tú que en Papagena hallaremos algo'*!*

—No lo sé—fue la contestación de la hermosa astrónomo—. Pero hay que intentar-lo. Papagena es, por su situación en el espacio, uno de los más importantes asteroides. Quizá allí veamos alguna pista.

Harry Morgan intervino.

—¡Ojalá no se equivoque! Estoy impaciente. Parece que nunca haya de terminar nuestra misión. Y, la verdad, ardo en deseos de hallarme de nuevo en mi despacho.

Ike no dijo nada. Limitóse a sonreír misteriosamente. El también deseaba, con toda su alma, dejar la aeronave y aquella eterna peregrinación espacial. Pensaba al regreso, preguntarle ciertas cosas delicadas a Yolanda. En el tiempo que habían ido juntos, su corazón estaba más que enamorado de aquella mujer extraordinaria. Claro que nunca se lo había dicho, ni siquiera insinuado. Deseaba pisar tierra firme, para hacerse el ánimo. Ella, por su parte, parecía que cada vez estuviese más arisca y más fría respecto a él. Pero Ike no se desanimaba. Conocía a las mujeres y, sobre todo, se conocía él lo suficiente para saber de lo que era capaz.

CAPITULO V

Papagena, el pequeño asteroide, se presentó a los ojos de los expedicionarios, como una pequeña bola de fuego. A medida que avanzaban hacia él, su resplandor dejó de tener brillos cárdenos, para mostrarlos primero anaranjados y después amarillos. Yolanda, estudiaba febrilmente en sus cartas astronómicas.

—Dentro de pocos minutos, nos hallaremos dentro de su órbita. Hay que descender muy despacio. Papagena tiene atmósfera y además un suelo bastante consistente. Su gravedad es pequeñísima. Así que nos tendremos que poner las botas de plomo muy recargadas, ya que, de lo contrario, no sabremos caminar.

Harry Morgan asintió.

—Así lo haremos.—Y después de una pequeña pausa, dio las órdenes oportunas a los pilotos. Éstos obedecieron rápidamente, disponiéndose a descender. Minutos más tarde, la aeronave se posaba sobre el desconocido suelo del asteroide Papagena.

Descendieron de la aeronave. Todos iban armados y se hallaban dispuestos a hacer fuego en cuanto encontraran seres vivientes, que fuesen peligrosos. Pero, en los primeros instantes, se dieron cuenta de que Papagena. al igual que los demás planetoides visitados, carecía de vida animal. Sólo la vegetación era exuberante. Crecían plantas de diversas formas y colores. Se podía decir que todo él estaba materialmente cubierto de plantas. Ni una sola montaña rompía el panorama llano y liso. Un vientecillo fresco y perfumado inundaba por completo la limpia atmósfera.

—En verdad, que esto es mucho más hermoso que todo cuanto, hasta ahora, hemos visto. Parece un paraíso. Me agradaría vivir aquí—dijo Diana.

Instintivamente, acercóse a oler una gigantesca flor, de color rojo sangre. Su penetrante aroma hizo que la joven exclamase llena de contento :

—Huele mucho mejor que nuestras rosas y claveles.

Ike dijo desabridamente:

—La prudencia no es precisamente una cualidad que tienes, Diana. Deja ya de oler esas flores. No sabemos nada de ellas. Ese aroma tan exquisito, bien pudiera ser venenoso.

La muchacha dio un respingo y se separó violentamente de la flor. El color había desaparecido de sus mejillas.

—¿Tu crees?—le preguntó temerosa.

—Yo no sé nada. Lo único que hago es prevenirte. Hasta que no hayamos investigado y estudiado hasta los más mínimos pormenores de este planetoide, lo mejor es estar todo lo separados posible de aquello que desconocemos.

Harry Morgan aprobó las prudentes palabras del pelirrojo.

Como habían hecho en los asteroides anteriores, se separaron en dos grupos, para comenzar la exploración. Ike, Yolanda y Alberto en uno, y los demás en otro.

—Andando—ordenó ike—. Hay que terminar cuanto antes.

Nadie dijo una palabra. En el ánimo de todos estaban las ansias de regresar a la Tierra y sólo lo podían hacer cuando hubieran descubierto alguna pista que les llevase al final de aquel misterio.

Caminaban entre flores, cuando Yolanda se acercó a Ike, que abría la marcha. Alberto quedóse rezagado, empuñando fuertemente su pistola de rayos masivos.

—¿Crees que hallaremos algo?—fue la pregunta de la muchacha.

Ike sintió una extraña sensación. Era la primera vez que la joven le tuteaba.

—No. Estoy convencido—respondió—de que nuestros enemigos nos han despista-do. Desean que estemos metidos en esta búsqueda, mientras ellos, seguramente, preparan un ataque organizado contra la Tierra.

—Pero, ¿quiénes son?

—No lo sé. Aunque empiezo a sospecharlo.

Yolanda le miró detenidamente. Sus bellos ojos llamearon de interés.

—¿Qué es lo que sospechas?

—Muchas cosas, Yolanda. La primera, que nuestros enemigos conocen demasiado bien nuestros pasos. ¿Cómo lo saben? Ese es uno de los misterios que hemos de desentrañar. La segunda ¿Son seres de otros planetas o simplemente terrícolas, que desean adueñarse del poder de la Tierra y con él la dominación del espacio? Te digo. Yolanda, que cada vez entiendo menos este misterio. Llevamos muchos días por estas regiones y todavía no hemos visto ni la nube anaranjada, ni los abejorros gigantes- ¿Qué se ha hecho de ellos? ¿Es que ya no existen?

Yolanda quedóse pensativa. Ella también se había hecho las mismas o parecidas preguntas sin hallar una respuesta satisfactoria a las mismas. Iba, sin embargo, a hacerle una observación cuando hasta sus oídos llegó una especie de sonido gutural. Los tres se quedaron como clavados en el suelo. Aquel sonido sólo podía hacerlo un animal. Los ojos de Ike buscaron por entre las flores.

Nada se veía. Aquel lugar estaba desértico.

Yolanda, temblorosa, se había acercado más al joven. Comprendía que algo extraño iba a pasar. Con un hililllo de voz preguntó:

—¿No sabes lo que haya podido ser?

Ike se llevó el dedo índice a los labios, reclamando silencio. Sus ojos habían descubierto un movimiento sospechoso entre las matas.

Yolanda siguió la dirección de la mirada del joven.

Por entre las matas de flores se arrastraba un cuerpo. Sí. Estaba segura de que era un cuerpo. Hasta ellos llegó de nuevo el sonido gutural pero esta vez mucho más cercano y definido. Ike monto la pistola, mientras gritaba:

—¡No sé si entenderás mi idioma, o si eres hombre o animal; lo que sí puedo asegurarte es que si dentro de dos segundos no te muestras, comenzaré a disparar mi pistola! ¡Ya lo sabes!

Aún no había terminado de pronunciar aquellas palabras, de entre las plantas surgió una visión demoníaca. Un hombre, en estado muy semejante a como hallaron al Capilar Richer, se levantó. Su boca se plegaba en una cruel sonrisa y avanzaba hacia ellos amenazador, mente, lke exclamó, sin poderse contener:

—¡Bob! ¡Bob!... Soy yo, tu hermano lke. Soy yo, Bob, tu hermano. ¡Bob! ¡Dios mió!...—No pudo continuar. Sus palabras se quebraron en un roto sollozo que impresionaba.

Efectivamente, Ike no se había equivocado. Aquella visión demoníaca no era sino el Comandante Bob Andriev, desaparecido treinta meses

Yolanda, con los ojos desorbitados por el miedo y la emoción, veía al Comandante Andriev avanzar amenazadoramente. De su boca caía una baba gelatinosa. Alberto Berdi empuñó fuertemente la pistola, dispuesto a disparar si aquel loco, pues eso es lo que parecía el Comandante Bob Andriev atacaba a Ike. Pero no tuvo necesidad de hacer nada. El Comandante lanzó una carcajada rota e histérica y cayó al suelo, como fulminado por un rayo. En su caída aplastó varias plantas. Su cabeza casi golpeó los pies de lke, que no hizo ni un solo movimiento para echarse atrás. Luego, inclinóse sobre el cuerpo de su hermano y, después de reconocerlo, levantó pausadamente su cabeza hacia Yolanda.

—Está muerto—dijo.

—Ya me lo suponía. Se encuentra en el mismo estado que el Capitán Richer.

—Sí; lo mismo. Pero esta vez sabremos la verdad. Le haremos la autopsia y comprobaremos si lleva un receptor teledirigido. Si es

así, el misterio estará descifrado.—Volvióse hacia Alberto Berdi para ordenarle:— Haga la señal convenida. Que vengan los demás. Tenemos que actuar con rapidez.

El piloto hizo lo que se le ordenaba, lanzando la bengala. Yolanda e Ike se separaron un poco del caído y esperaron pacientemente la llegada de los demás compañeros. El joven se había sentado, escondiendo el rostro entre las manos. Yolanda acarició su rojizo cabello, en un gesto de condolencia.

—Lo siento. Sé que habrá sido un golpe terrible para ti.

Ike asintió, en un silencio que hacía daño.

—Sabía que mi hermano estaba muerto. Cuando encontramos al Capitán Richer, sospeché que lo mismo habrían hecho con él Sin embargo, la realidad es siempre más fuerte que lo que uno cree. Yo admiraba a mi hermano, Yolanda, le admiraba y le quería además. —Se detuvo unos segundos, como vencido por la pena que le embargaba en aquellos momentos—. Juro que le vengaré, ¡lo juro! Nuestros enemigos—dijo—han cometido un grave error esta vez. Mi hermano, muerto como está, nos dará la clave de este misterio.

Yolanda dijo, casi como un susurro:

—Te admiro, Jke, te admiro. Eres valiente.

El muchacho fue a contestar, pero ya los pasos precipitados de Barry Morgan se lo impidieron.

—¿Qué es lo que sucede, muchachos?

Tke le puso al corriente, en dos palabras.

—Venga. Aquí está.

Harry Morgan palideció al ver el cuerpo del Comandante.

—¡Malditos!...—Sus dientes rechinaron en una rabia mal contenida—. ¡Malditos sean cien veces! El día que sepa quién es el que está tras todo esto...—Su amenaza quedó en el aire—. No descansaré hasta haberle dado muerte con mis propias manos.

Ike agradeció mentalmente aquellas palabras del Jefe.

—No debemos perder tiempo—dijo—. Hay que hacerle...

Pero no pudo terminar la frase. Yolanda y Diana habían dado un grito horrible.

—¡Yolanda!

—¿Qué pasa?

—Vengan. ¡Aprisa!

—Pero...

—¡Oh, Dios mío!

—¿Pero qué pasa?—preguntó Harry Morgan.

Diana respondió, señalando el cadáver de Bob Andriev:

—¡Miren, miren!... Se está desintegrando. Una fuerza radioactiva

está actuando sobre su cuerpo. En pocos segundos habrá desaparecido en el espacio. Se habrá desintegrado. Sólo sus botas de plomo podrán resistir esa fuerza destructora. Sí nos quedamos un segundo más aquí, esa misma fuerza hará presa en nosotros mismos y nos desintegraremos como él.

La luz se hizo en el cerebro de aquellos hombres. Sin apenas pensarlo corrieron a protegerse de la fuerza radioactiva. Diana sacó, precipitadamente, unas pastillas y se las dio a sus compañeros.

—Pronto, tráguenselas. Si por casualidad alguna partícula radioactiva ha hecho presa en nuestro cuerpo las pastillas actuarán sobre ella.

Los expedicionarios obedecieron más aprisa de lo que podían. Y ante sus asombrados ojos vieron desintegrarse el cuerpo del Comandante Andriev.

Nadie decía nada. Pero en todas las mentes había el mismo pensamiento. Sus enemigos habían enviado a aquellos hombres como portadores de la muerte. Si no llega a ser por Diana, a estas horas todos estarían presos de aquella fuerza destructora. Y este solo pensamiento les hizo estremecer.

Fue Morgan el que habló, pasados unos momentos.

—Nos hemos salvado gracias a usted. Diana. Su visión de los hechos, demuestra bien a las claras su capacidad. Nuestros enemigos saben actuar bien. Si por casualidad nos hallamos todos juntos y comenzamos a hacer la autopsia…

No continuó. Todos sabían que sus cuerpos se habrían desintegrado. Una vez más habían salvado la vida providencialmente.

Anonadados y todavía bajo la fuerte impresión de lo ocurrido, se alejaron de aquel lugar. Ike iba rumiando unas ideas extrañas, que habían hecho presa en su cerebro.

Cuando llegaron a la aeronave, dijo:

—Amigos, nada podremos averiguar aquí. El misterio no está en estos planetoides, sino en la misma Tierra.

Aquella revelación causó el asombro general.

—¿En la Tierra?—preguntó Harry Morgan.

—Sí, Jefe. Nuestros enemigos, no son seres de otros planetas. Son sencillamente hombres, hombres como nosotros, es decir, terrícolas. Sé que esta afirmación es muy fuerte y que hay que basarla en hechos concretos. Lo haré. En primer lugar, en esa operación a que han sido sometidos tanto mi hermano, como el Capitán Rieher y, estoy por asegurar, los demás que desaparecieron en las mismas circunstancias, veo la mano de una inteligencia de la

Tierra. ¿Quién puede realizarla? Sólo el que conozca perfectamente el cuerpo de] hombre de la Tierra; es decir, un médico terrícola. Recordemos que hay que hacer un corazón de plástico y después hay que inyectarle corriente al cerebro. Eso, nadie puede haberlo hecho si no es uno de nuestros compatriotas.

Todos le escuchaban con interés!

—Después, otra cosa—siguió diciendo—. Nuestros enemigos conocen estupenda-mente nuestros pasos. Saben dónde vamos, lo que hacemos y cómo nos movemos. ¿Cómo es posible esto? Sólo en la Tierra saben lo que vamos a hacer. Es más, lo saben muy pocos hombres de la Tierra, ya que nuestra ruta sólo los del Departamento de Defensa la conocen. Y por si esto fuera poco, les diré que solamente un terrícola ávido de poder le interesan las revelaciones, que tanto el Capitán Rieher, como mi hermano, el Teniente Coronel Hyde y el Coronel Briter, pudieran hacerles. Si nuestros enemigos fuesen seres de otros planetas, hubieran atacado a la Tierra con sus propias armas, sin preocuparse de las que nosotros hubiéramos podido oponerles. Y esto, lo razono de la siguiente manera: Sabemos...

Yolanda intervino cortando la exposición del joven pelirrojo.

—Sin embargo, hay algunas cosas que no están muy claras.

—Lo mismo pienso yo-—dijo Harry Morgan—, Por ejemplo, la nube esa de fuego y los abejorros gigantescos de los que todos los desaparecidos hablaron, ¿qué explicación tienen en su criterio, Ike?

—Ninguna. Ninguna, por ahora.

—Por favor—terció Diana, en tono imperativo—. Déjenle continuar.

—Sí. Habla. Ike.

—Sigue.

El aludido dio unas cabezadas de asentimiento.

—Sabemos—comenzó diciendo—que ni en Venus, Mercurio, Marte o Júpiter, hay seres que puedan atacarnos, ya que la Tierra es la dueña absoluta de estos planetas. Y no lo somos de Saturno, Urano, Plutón y Neptuno, porque nuestras aeronaves no pueden resistir el frío reinante en aquellas alturas. Si esos seres enigmáticos vinieran de alguno de los planetas que desconocemos, es porque tendrían una civilización y un poder muy superior al nuestro, ya que habían sido capaces de llegar donde nosotros todavía no hemos llegado.

— La conclusión es razonable y lógica—dijo Diana.

—Y en ese caso pregunto yo: ¿Qué les importaría a ellos saber con qué fuerzas contamos? No. Yo creo que todo este misterio lo

mueve una maligna organización de terrícolas, que desean adueñarse del poder de la Tierra. Y estos terrícolas traidores, poseen una información extraordinaria y, hasta me atrevo a decir que alguno de sus miembros pertenece al Departamento de Defensa. De ahí, que mi opinión sea el que nos movamos cuanto antes y regresemos a la Tierna.

Las palabras de Ike hicieron presa en el ánimo de sus compañeros. Todos ellos estaban de acuerdo con los razonamientos llevados a cabo por el joven pelirrojo. Sólo había una cosa que no cuadraba. Lo que había aducido Harry Morgan. Aquella nube rojiza y aquellos enormes abejorros, ¿qué podían significar? ¿De dónde procedían?

—Creo que esta contestación ya la dio el Profesor Lionel Yusté—dijo Ike—. Para él, esos abejorros podían ser solamente dos cosas: o seres de otros planetas, cosa que se demuestra ahora que no es cierto, o simples artefactos, accionados por fuerza nuclear. Aquí está Diana que es Profesora de Química Nuclear y nos podrá decir si cabe la posibilidad de que sean eso o no.

Diana estuvo meditando unos instantes, antes de hablar.

—Indiscutiblemente, esos abejorros podrían ser muy bien como una especie de pequeñísimas aeronaves teledirigidas y accionadas por fuerza nuclear. Al funcionar, dejarían tras sí una estela de humo anaranjado y ribetes cárdenos. Ahora bien, todo esto no son más que hipótesis. Yo creo que es materialmente imposible teledirigir a miles de abejorros vagantes siempre, claro está, que cada uno de ellos no lleve una especie ele radar y, además, no vaya emitiendo sonidos. Estos sonidos, al tropezar con un cuerno extraño, vuelven hacia ellos a gran velocidad y el radar que llevan les puede orientar. Una especie de sentido, semejante al que utilizan nuestros murciélagos.

La explicación de Diana satisfizo la curiosidad de sus compañeros. Harry Morgan asintió en silencio. Luego lanzó un gruñido para decir:

—No quiero tener yo solo la responsabilidad de la decisión. Aquí somos seis miembros: los seis somos una autoridad dentro de nuestras respectivas especialidades. Así, pues, someto a votación lo que ha dicho Ike. ¿Nos vamos a la Tierra o nos quedamos buscando esa nube y esos abejorros por estos parajes?

Todos se miraron indecisos. Nadie quería comenzar. Era demasiada responsabi-lidad.

Yolanda fue la que insinuó:

—No es una votación lo que debemos hacer, sino un repaso de

todo lo que hemos encontrado, para entrar de lleno en deducciones. Yo creo que las efectuadas por Ike están llenas de lógica. Aunque muchas veces la lógica no es lo que debe imperar en estos casos. Ahora bien, si esos abejorros son seres de otros planetas y han sido capaces de hacer lo que han hecho respecto a nuestros compañeros, es que saben tanto como nosotros de medicina, de radioactividad, de química y de astronomía. Es decir, están más que suficientemente preparados para deshacer, en un abrir y cerrar de ojos, a la Tierra. Eso es lo que hemos averiguado y eso debemos comunicarlo al Departamento de Defensa. Y allí, tranquilamente sentados, junto con varios Profesores que puedan descifrarnos ciertos problemas, averiguaremos si es cierto que esos abejorros son seres de otros planetas o solamente artefactos inventados por unos terrícolas para adueñarse de la Tierra, Mi voto, pues, es que nos volvamos a nuestro planeta.

Cuando Yolanda acabó de hablar, todos eran del mismo pensamiento. Así lo expusieron y dos horas más tarde, los terrestres habían subido en la aeronave y se disponían a regresar a la Tierra.

Alberto Berdi. en la carlinga de la aeronave, hizo accionar con pericia los mandos y el artefacto elevóse del suelo perfumado de Papagena.

La noche fue envolviendo las cosas con sus sombras. Nada se distinguía. La oscuridad más absoluta parecía haber borrado toda existencia de vida en el firmamento. Tan sólo en la lejanía brillaban las temblorosas luces de las estrellas Pero aun esto parecía contribuir a aquella oscuridad que llevaba, como aparejado, un silencio extraño y denso, que pesaba enormemente.

El piloto Jim Tilo que observaba, de continuo, la pantalla televisora de la nave, quedóse un momento indeciso.

—¿Qué ocurre?

—Mira la pantalla. Alberto.

El aludido obedeció. En sus ojos pintóse un asombro indescriptible. Comunicaron rápidamente a Harry Morgan sus temores y éste, junto con las dos muchachas, se acercaron a mirar, con tanto miedo como curiosidad.

En la pantalla televisora de la aeronave se veía avanzar con una rapidez endiablada, a una nube color naranja, con tintes rojizos, casi de fuego. En ella, infinidad de puntos negros evolucionaban grotescamente…

CAPITULO VI

¡Los abejorros gigantes!—exclamó Harry Morgan.

Ike que estaba tranquilamente sentado, pensando en todos los horrores que había visto en aquel misterioso viaje, levantóse de un salto al escuchar las palabras del Jefe del Servicio Secreto Espacial.

Miró por la pantalla. En ella, la nube anaranjada y los miles de puntos negros se acercaban pavorosamente.

La muerte se nos echa encima a pasos agigantados.

Aquella frase fue la señal. Alberto Berdi, crispadas las manos sobre los mandos de la aeronave, trató de maniobrar, para zafarse de la proximidad de aquella fatídica nube. Pero no pudo. El artefacto volante, como si hubiese dejado de poseer mandos individuales, iba hacia la nube, como el pequeño trozo de hierro va tras el potente imán.

Morgan chilló:

—¡Berdi! ¡Berdi! ¡Ahaga lo que pueda para liberarse de esa nube!

El piloto respondió aterrorizado:

—¡No puedo!... Los mandos no me obedecen. Estamos completamente perdidos. Nada ni nadie puede salvarnos.

Ike reaccionó, al tiempo que ordenaba:

—¡A las armas! Que todos estén prontos a abrir una cortina de rayos masivos. ¡Rápido! No hay tiempo que perder.

Las dos muchachas como autómatas, hicieron lo que Ike ordenaba. Morgan se agarró fuertemente a su pistola, dispuesto a vender cara su vida.

Y la aeronave incapaz de variar el rumbo se precipitaba violentamente en dirección a la nube anaranjada, sembrada por miles de gigantescos abejorros que evolucionaban en su seno.

Alberto Bedi y Jim Tilo, habían dejado los mandos de la nave, para dedicar su atención a las ametralladoras de rayos masivos. Esperaban las órdenes de Ike, para hacerlas funcionar. Esta orden no se dejó esperar.

—¡Fuego a discreción, hasta que nos quede un soplo de vida!

Por las troneras de las disposiciones parietales de la aeronave empezaron a salir chorros de potentes rayos masivos. La nube anaranjada recibió la descarga mortal, con aparente indiferencia. Los miles de abejorros en aquel momento perceptibles a los

aeronautas, no demostraron ningún temor. Como si nada hubiese estuviese sucediendo, se precipitaban a gran velocidad sobre la aeronave.

—Hay que hacer fuego de nuevo—ordenó Ike. Otra ráfaga de rayos cruzó el espacio. Los efectos fueron los mismos que los de la primera vez. Es decir, nulos. En aquel momento, Diana murmuró:

—Nuestras armas son del todo inofensivas a esos malditos bicharracos.

Yolanda, que no separaba los ojos de la pantalla televisora, dijo:

—En efecto. Esos bichos no mueren. Es más, parece que nuestras descargas les den nueva vida.

Ike también lo había observado. Pero sus deducciones llegaron todavía más lejos. Desde la pantalla se veía perfectamente a los abejorros que estaban envolviéndoles. De sus fauces, rojas y minúsculas, salía una especie de baba gelatinosa que, al contacto con el éter del cosmos, se tornaba de color anaranjado. Aquella baba gelatinosa la vio por primera vez en la boca de su propio hermano, minutos antes de desplomarse sin vida. Aquellos abejorros no eran, ni más ni menos, que seres vivos, sometidos todos ellos a las descargas eléctricas paralizadoras del cerebro. Es decir, autómatas con inteligencia propia. Pero si eran seres vivos, de dónde procedían? ¿Qué extraño planeta los creaba? La respuesta vino, como un reflejo, a la mente de Ike. ¡Eran seres de las regiones polares jupiterianas! Sí. Él los había visto, en distintas ocasiones. Ahora lo recordaba. Y este recuerdo le hizo estremecer. Aquello era mucho más horroroso de lo que en un principio creyeron.

Enloquecido por sus propios pensamientos, comenzó a disparar sus pistolas de carga masiva sobre los extraños abejorros, sin que sus disparaos causasen ningún estrago en ellos Alberto Berdi, incapaz de seguir disparando, gritó con todas sus fuerzas:

—¡No puedo más! ¡No puedo más!... Estamos irremisiblemente perdidos.

En el interior de la aeronave penetró una especie de perfume intenso. Nadie supo de dónde procedía. El primero en darse cuenta de aquello fue Ike, que se llevó las manos a los ojos, para decir:

—Creo que estoy perdiendo la vista. Sí. No os veo. ¡Malditos sean los...!

No terminó la frase. Rodó, cuando intentaba dar unos pasos, todo lo largo que era sobre el suelo metálico de la nave espacial. Yolanda y Diana se precipitaron en ayuda del joven, pero sintieron repentinamente que les faltaba el aire en los pulmones. Sólo pudieron avanzar unos pasos. Aquel perfume las privó del sentido.

Harry Morgan también estaba desmayado. Y lo mismo había ocurrido en la carlinga. Los dos pilotos habían caído en una extraña inconsciencia.

La aeronave, sin mandos, iba a la deriva. Y cuando todo parecía que iba a perderse, quedóse quieta unos segundos y, como si obedeciera a una misteriosa voz, cambió súbitamente de dirección y siguió navegando en la noche, rumbo a lo desconocido…

* * *

Ike sacudió la cabeza de derecha a izquierda, como si estuviera preso de alguna alucinación. Después restregóse con ambas manos los ojos y se puso en pie. Lentamente fue mirando a su alrededor. Nada de cuanto le rodeaba le era conocido o familiar. Altas paredes grises formaban un rectángulo de regulares proporciones. Volvió a sacudir la cabeza. ¿Estaría volviéndose loco? No sabía dónde estaba, ni lo que le había sucedido. Junto con él, y tumbada en el suelo, estaba Yolanda. Acercóse a ella. Anhelante, le tomó el pulso. Vivía. Estaba muy pálida, pero su corazón latía acompasadamente, Ike acercóse a un recipiente que había en mitad de aquel cuarto. Tenía agua. Humedeció su pañuelo, mojando con él la frente de la muchacha. Yolanda se estremeció. Sus grandes ojos se abrieron. Al ver el rostro simpático de Ike, quiso sonreír, sin conseguirlo.

—¿Y los abejorros?

Ike sintió como un escalofrío por todo el cuerpo. Se había olvidado de la nube anaranjada y sus malditos acompañantes. Yolanda insistió en su pregunta, cerrando los ojos fuertemente.

—¿Y los abejorros?

Ike quiso animarla, demostrándole una confianza que él estaba muy lejos de sentir.

—No temas, Yolanda. Todo ha pasado.

La muchacha abrió definitivamente los ojos. Miró a Ike y después al lugar donde se hallaban. Ei temor pintóse en su rostro.

—¿Dónde estamos?

—No lo sé.—Ike intentó sonreír a la muchacha, pero la sonrisa se heló en sus labios.

—¿No lo sabes?

—No, Yolanda. Ni sé tampoco qué es lo que sucedió en la aeronave en absoluto. El último recuerdo que tengo es el de un perfume intenso y embriagador.

Yolanda murmuró:

—Perdiste el sentido. Caíste sobre el suelo de la aeronave. Diana y yo fuimos a socorrerte, pero no llegamos a tiempo. Caímos

también. Eso es todo lo que sé. Y ahora, ¿dónde estamos?

—Lo ignoro, como ignoro qué se ha hecho de nuestros compañeros.—Hubo una pausa. El joven pelirrojo se levantó, acercándose a los muros grisáceos. Con los puños fue golpeándolos —. Esto es granito puro. Estamos presos en algún lugar del espacio. Lo mismo podemos estar en la Tierra, que en cualquier otro planeta. Hemos caído prisioneros de esos abejorros o de quien les ordena. Vamos a ser sus víctimas, como lo fueron anteriormente mi hermano y los demás cosmonáutas. Quizá también seamos sometidos al cruel y criminal tratamiento.

Yolanda se estremeció.

—Ike—dijo con un hilillo de voz temblorosa—. ¿Lo crees así?

—Sí.

—¿Por qué no nos mataron en el espacio?

—No lo sé. Tal vez desean divertirse un poco a nuestra costa.

—No. No puede ser. Yo no lo comprendo.

—Hay tantas y tantas cosas que yo tampoco comprendo...

Se quedaron silenciosos. Ike sentía junto a él la tibia caricia del cuerpo de Yolanda. Sus ojos la buscaron ávidamente. Se dijo que era hermosa, muy hermosa y, además, fuerte. Sin darse cuenta estaba empezando a quererla. Sus labios temblaron ante este pensamiento. Aquella mujer era la única que podía hacerle completamente feliz. Pero ahora todo iba a terminar; precisamente ahora, cuando el amor se le ofrecía radiante de dicha, en una suave promesa de felicidad.

Yolanda también se sabía enamorada de Ike. Junto a él experimentaba una agradable sensación de seguridad, pese a la difícil e incierta suerte que les aguardaba.

Los dos se miraron. Ike no pudo resistir la tentación de besarla. Yolanda bajó la cabeza. Estaba avergonzada. Se abrazaron desesperadamente, bajo el influjo de aquella cautividad a que se veían forzados. Yolanda lloraba, pugnando inútilmente por contener sus sollozos.

Todavía abrazados. Ike susurró al oído de la joven, en tanto acariciaba sus largos cabellos:

—Te quiero, Yolanda. Te quiero

—Ike.

—Sé que no debía decírtelo en estos momentos. Pero no puedo esperar más.

—Ike.—La muchacha había levantado sus grandes ojos hacia él, en una muda ansiedad indescriptible—. Yo también te quiero. Pero, tengo mucho miedo.

—Por favor.

—Sí. Tengo un miedo horrible.—Su respiración era agitada, dolorosa. En un brusco cambio, exclamó entre convulsiones:— ¡No quiero morir, Ike! ¡No quiero morir! ¡No quiero,..!—Los sollozos ahogaron en su garganta las palabras.

Ike la apretó más contra su pecho. Estaba inquieto, desasosegado, sin saber qué actitud adoptar. Tenía las manos crispadas por la indecisión. Aún a su pesar, tenía que reconocer su impotencia. No podía hacer nada. Tenía que resignarse y esperar los acontecimientos que, desgraciadamente, no habrían de demorarse. Y aunque no quiso asustar más a la joven, hablándole de sus temores, sus labios, casi instintivamente, comenzaron a moverse en el rezo de una plegaria.

* * *

Las horas fueron pasando lentas y monótonas. Los nervios de Yolanda y de Ike estaban próximos a estallar. Aquel silencio de tumba les hacía pensar más y más en su triste suerte.

—No puedo resistir más, Ike. Esto es desesperante. Si al menos supiéramos dónde estamos y qué ha sido de nuestros compañeros!

—Cálmate. Tengamos serenidad. Quizá, todavía no está todo perdido.

Pero Yolanda pese a aquellas palabras de esperanza, no se tranquilizaba. Sabía demasiado bien cuál iba a ser su destino.

Estaban sentados en aquel suelo rocoso. Sus espaldas se apoyaban sobre el muro gris de granito. Los ojos fijos en un punto de aquella celda de medianas proporciones. Todo era silencio; un silencio grueso, que todo lo envolvía. Hasta sus oídos llegaba el latido de sus propios corazones. Era para enloquecer.

Ike revolvióse, con aquella inquietud que le dominaba. Yolanda se apretó fuertemente a él, como temiendo su separación. Y en aquel momento, llegó hasta ellos un ruido tenue y persistente. Era un ruido raro, pero que a ellos les sonó a gloria. Por lo menos, iba a romper la monotonía de aquel maldito silencio.

—¿Oyes?—preguntó Yolanda en voz bajísima.

—Sí.

—¿Qué podrá ser?

—-No lo sé. Pero escuchemos.

Los dos se levantaron y apoyaron su oído en el muro. El ruido continuaba produciéndose. Eran una especie de golpes, unos más largos que otros, separados por pequeños intervalos.

Ike trataba de descifrar aquella clase de ruidos y quién los

producía. Fue Yolanda la que susurró:

—Parece que sea Morse.

Ike volvióse hacia ella con el ceño fruncido.

—¿Morse?—preguntó.

—Sí. Los golpes largos pueden muy bien identificarse como las rayas y los cortos como los puntos. Las pausas, pueden ser las separaciones de las palabras.

Tke asintió.

—Quizá tengas razón.

—Estoy segura.

—Pues no perdamos tiempo. ¡Veamos qué dice!

Yolanda se arrodilló, pegando su oído en el granito. Los ruidos continuaban produciéndose. Yolanda, después de un instante, dijo:

—Ve anotando las letras que yo te diga. Ahora termina de hacer una M.

Ike, con el dedo, escribió sobre el suelo la letra indicada.

—A, C, T...

Ike, pacientemente, iba escribiendo. La muchacha continuaba con el oído pegado al muro. —U, R, Y.

Los golpes dejaron de escucharse. La pausa fue grande. Después volvió, de nuevo, a repetirlas mismas letras.

Yolanda volvióse hacia Ike, con gesto anhelante.

—-¿Qué nombre ha salido?

—-¡MAC TUR Y!—dijo.

Los dos se miraron sorprendidos. ¿Mac Tury?... ¿No era este el nombre del General Jefe de Defensa Espacial? ¿Cómo era posible que...?

Yolanda se acurrucó en el pecho de Ike.

—Tengo miedo. El General Mac Tury también está prisionero y muy cerca de nosotros. ¡Tengo miedo, Ike! Sé que pronto vamos a morir.—Y embargada por aquella pena, comenzó a llorar nuevamente.

—Por favor... Tienes que sobreponerte. Saldremos de aquí. ¡Te juro que saldremos de aquí!

Pero el mismo tono de su voz, desmentía al joven pelirrojo.

CAPITULO VII

Que había sido, mientras tanto, de Diana, de Harry Morgan, Alberto Berdi y Jim Tilo?

De dos en dos, estaban presos en celdas muy similares a la que ocupaban Ike y Yolanda. Todos ellos esperaban la muerte de un momento a otro. Las esperanzas habían desaparecido.

Pero las horas pasaban y nadie se acercaba a aquellas celdas, El hambre iba haciendo presa en los cuerpos extenuados de los prisioneros.

Yolanda, con los ojos desorbitados por la terrible y angustiosa espera, se aferraba fuertemente al brazo de Ike. Este no hacía nada más que pensar en aquella solitaria palabra que, un ser desconocido, había transmitido en alfabeto Morse. Por fin, se levantó del suelo. En sus ojos brillaba la resolución.

—Ya me estoy cansando de este silencio y de esta pasividad. ¡Hay que hacer algo!

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé. Pero no puedo quedarme aquí, con los brazos cruzados. Vamos a reconocer este calabozo. Es todo de granito y no se ve por parte alguna la puerta. Pero, lógicamente, debe haber una. Nosotros hemos entrado por alguna parte, ¿no?

Yolanda asintió.

—Ya me había dado cuenta de ello. Pero, ¿qué ganaremos sabiendo dónde está la puerta?

—No lo sé. Pero debemos encontrarla.

Lentamente fueron palpando el muro de granito, en busca de aquella puerta misteriosa.

Así estuvieron varias horas. Yolanda fue la que dijo:

—Aquí, Ike. Aquí parece que haya una raya. ¡Ven!

Ike se acercó. Sus ojos estudiaron la lisura del muro y descubrieron la raya que Yolanda decía. Sí. Era muy probable que allí estuviese la puerta.

—Vamos a reconocer el muro.

Con paciencia, con esa paciencia que sólo poseen los que saben que tienen mucho tiempo por delante, fueron tanteando el muro. Ike dio con un pequeño e insignificante recoveco; sólo podía introducir en él el dedo índice.

—Mira, Yolanda—dijo, un poco esperanzado—. Fíjate en este agujero. ¿No te parece extraño?

La muchacha no dijo nada.

—Voy a poner el dedo, a ver lo que sucede.

Nada más Ike puso el dedo índice en el agujero, escuchóse un ruido, como si fuera el chasquido de una cerradura. Después, un trozo de muro se desplazó de lugar. Y ante los ojos atónitos de los dos jóvenes, se fue abriendo una especie de puerta. Yolanda musitó:

—Se abre. Se está abriendo.

—Sí. Pero...

Lentamente se fueron acercando a aquella abertura. Una persistente oscuridad se abría ante ellos. Sin detenerse en pensarlo, metiéronse en ella. Parecía un corredor de una caverna. Muy juntos y temblando de miedo y de impaciencia, se deslizaron. Sus manos tanteaban por las paredes de aquel corredor. Al dar la vuelta a un pequeño recodo que formaba la angostura, llegó hasta sus ojos una luz.

—Quieta, Yolanda. Allá se ve un reflejo. ¿Será la libertad?

Con mucho tiento, fueron avanzando. Ya estaban muy cerca de aquella luz, que cada vez se hacía más potente y definida. Ike abría la marcha y tras él iba Yolanda, cogida de su mano.

—¿Ves algo más, Ike?

—No. Sólo la luz. Pero, silencio. Tratemos de hacer el menor ruido posible.

Caminaron por el corredor rocoso. Al fin, llegaron al mismo borde, donde se filtraba la luz. Esta procedía del sol. ¡Era la libertad la que les sonreía!...

Ike avanzó decidido. Pero nada más traspuso aquel linde de luz, sintió que sus brazos se paralizaban. Yolanda dio un grito de terror. Ike trató de averiguar lo que estaba sucediendo. Al volver la cabeza, vio que dos hombres, fornidos y musculosos, le sujetaban fuertemente. Yolanda estaba en la misma situación.

Ike revolvióse furiosamente. Sus pies descargaron sendas patadas a sus opresores, pero no causaron el efecto apetecido. Rabiosamente trató de morder una de aquellas manazas que le atenazaban, cuando a sus oídos llegó una carcajada histérica. Tras ella una voz autoritaria y viril.

—¡Soltadle!

La presa de aquellas garras se hizo más muelle. Al momento, Ike se vio libre de las férreas tenazas que le sujetaban. Volvióse con rapidez y, ante él, vio a un hombre que sonreía, consciente de su superioridad

—Has sido muy listo. Ike Andriev—le dijo, sin dejar de sonreír —. Has encontrado el resorte que abría tu celda. Pero, como ves, no te ha servido de nada. Es más, aunque te hubiese dejado libre, no te hubiera servido de nada. Estás prisionero y jamás volverás a ver la Tierra. Amigo mío, estás condenado a morir, como lo están todos tus compañeros. Pero antes debes terminar la labor a la cual te he destinado.

Ike trataba de recordar dónde había visto aquella cara. El conocía a aquel hombre. Le había visto en alguna parte. Pero, ¿dónde? Era chino; de eso no tenía la menor duda. ¿Pero en qué parte de China le había visto? Fue Yolanda, suelta también de las garras de aquellos gigantes la que le sacó de dudas.

—¡Profesor Lin-Fú!—exclamó la joven en un tono, acusador—-. Es usted un reptil, un venenoso reptil v un asesino. ¿Cómo no se me ocurrió pensar en que usted podía estar tras todo este misterio? Usted es el único terricóla capaz de llevar a término esta campaña de asesinatos.

El Profesor Lin-Fú, pues en verdad era él rio alegremente.

—Linda Yolanda de Maternich.—En los ojos del oriental había una luz codiciosa, que hizo estremecer a Ike—. Eres muy inteligente. Siempre lo fuiste. Pero esta vez pecaste de ingenua. Si he actuado contra vosotros, no ha sido por el dañó que pudierais causarme, sino porque sabía que tarde o temprano, tú, sólo tú, pensarías en mí. Has trabajado a mis órdenes y podrías ir atando cabos. Lo que todavía no me explico, es cómo no llegaste a saber lo de los abejorros gigantes.

Yolanda le miró fijamente. Sus ojos se agrandaron por el horror. En su cerebro se había hecho la luz.

¡No!...—exclamó como enloquecida—. ¡No puede ser! ¡Sería demasiado terrible! ¡Ike! Ike Estamos en las manos de un loco homicida. Los abejorros son...

El Profesor chino había ya levantado una mano casi al tiempo que uno de los gigantes tapó la boca de la joven. Ike se lanzó sobre el bárbaro, pero tres pares de brazos le detuvieron en su camino. Yolanda gemía tras la brutal mordaza, pataleaba. Pero no podía zafarse de aquella tenaza que la sujetaba bárbaramente. El Profesor Lin-Fú habló imperativamente:

—¡ Lleváosla!

Los hombres obedecieron rápidamente y Yolanda desapareció de la vista de Ike que, impotente, rechinaba los dientes.

El Profesor Lin-Fú sonrió cruelmente cuando vio que Yolanda había desaparecido. Después, sus ojos oscuros y oblicuos se volvieron hacia Ike.

—Es muy inteligente Yolanda de Maternich —dijo—. Mucho. Ella ya sabe la procedencia de esos abejorros. Por eso os ataqué. Sabía que llegaría un momento en que ella lo averiguaría. Es muy inteligente.

¡Asesino!—escupió Ike con todas sus fuerzas.

Al Profesor Lin-Fú no pareció molestarle en absoluto el insulto. Sus labios se distendieron en una sonrisa amplia. Hizo una señal con la mano y los dos gigantes dejaron en libertad al joven pelirrojo.

—Eres un valiente, amigo mío. Yo se reconocer la valentía en los hombres y también la sé premiar. Es una verdadera lástima que estés en el bando contrario. Pero debes comprender, amigo mío, que ante todo y sobre todo está la causa a la cual sirvo.—Se detuvo un momento, como preparándose lo que iba a decir—. Me llamas asesino y yo te pregunto: ¿Has leído alguna vez la Historia? En ella te habrás dado cuenta de que los asesinatos se suceden uno tras otro. ¿Pero son asesinatos alevosos? No. Son situaciones que requieren la muerte de muchos hombres para que triunfe una causa justa y noble; una causa que llevara consigo la civilización, la prosperidad y el progreso. Es necesario para que esto suceda, que mueran muchos hombres. ¿Y qué?... La Vida, así con mayúscula, lo requiere.

Ike trataba de comprender a dónde iban a conducir las palabras del Profesor Lin-Fú. Pero no lo conseguía. Fue el mismo Profesor el que lo dijo, sin rodeos de ninguna clase.

Tú sabes bien, amigo mío, por haber estado mucho tiempo en China, que China es el único país que debe mandar sobre la Tierra. Eso de las Naciones Unidas sólo es un mito, al que se aterran codiciosamente los occidentales, que tienen una civilización pobre y caduca. Necesitan apoyarse unos contra otros para poder sobrevivir. Nosotros, los orientales y más particularmente los chinos, no necesitamos de ningún apoyo. Tenemos vida propia y no podemos consentir que unos blancos, unos bárbaros blancos, estén manejando el poder del Cosmos. Somos nosotros, solo nosotros, los únicos con derecho a ello. De allí que nos hayamos puesto en contra, pero de una manera inteligente, cerebral. Una guerra abierta hubiera causado víctimas inútiles. Una guerra así, llamemos secreta,

sólo causará unas víctimas, pero muy pocas, comparadas con la otra manera de guerrear.—Le envolvió en una mirada extraña y dura—. Y tú me llamas asesino.

Ike diose cuenta de que estaba enfrente a un cerebro enloquecido. No podía ser de otra manera. Sus palabras tenían el fanatismo de la locura.

—Antes le he llamado asesino y ahora le llamo loco. ¿No comprende que jamás conseguirá sus propósitos? China es grande y potente, no cabe la menor duda, pero la Tierra entera es más grande y más potente y se opondrá a sus deseos. No, No vencerá. Yo, Ike Andriev, se lo aseguro.

El Profesor Lin-Fú lanzó una sonora carcajada.

—Eres un ingenuo. Espera a ver el poder que tengo en mis manos y después juzgarás.

Hizo una señal a uno de sus hombres y éste desapareció rápidamente tras la oscuridad del corredor-. Después apareció ante él Ka-Yu. el ayudante del enloquecido Profesor.

¡Ah. Ka-Yu! Lleva a este hombre a la sala Z. Quiero que se le someta a un tratamiento. ¡Rápido!

Ike sintió que las fuerzas le abandonaban. Trató de rebelarse, pero el puño de uno de aquellos hombres le golpeó en la mandíbula, dejándole sin sentido.

Cuando de nuevo abrió los ojos, sintió un dolor terrible en la cabeza. Miró a su alrededor. Junto él. con los rostros anhelantes, estaban Harry Morgan. Diana, Alberto Berdi y Jim Tilo. Ike, al verlos, experimentó una, gran alegría. Pero al no descubrir a Yolanda, preguntó por ella.

Harry Morgan dijo:

Eso, precisamente, deseábamos preguntarle nosotros. ¿Dónde está la Profesora?

Ike quedóse anonadado ante aquella respuesta Lentamente fue contándoles lo que le había sucedido, desde que perdió el sentido en la aeronave. Fue Diana la que intervino.

Algo muy semejante nos ha pasado a nosotros. La única diferencia es que no hemos visto a ese Profesor Lin-Fú.

Los tres asintieron.

—Primero nos encerraron en calabozos de muros de granito. Estábamos de dos en dos—dijo Harry Morgan—, Diana y yo ocupábamos uno y Alberto y Jim otro. Después nos han traído aquí.

Ike, ya más repuesto, dijo temerosamente:

—Entonces, ¿no les han causado daño alguno? —No.

—Todavía no.

Pues no tardarán en venir. Ese maldito mono oriental, dijo que me trajeran a la sala Z, que debe ser esta, para ponerme a tratamiento.

Les cuatro hombres y la muchacha temblaron, sabían a que tratamiento se refería.

Se quedaron silenciosos. Después Ike les relató lo de los golpecitos de alfabeto Morse Nadie comprendía el significado de aquella revelación Mac Tury era el Jefe de la Defensa Sideral ¿También estaría prisionero? ¿Había sido el autor de aquel mensaje? Si así no era, ¿quién pudo hacerlo? Estaban en un mar de confusiones.

—Hay que tener presencia de ánimo—dijo Harry Morgan—. No todo está perdido. He logrado averiguar el lugar en que nos hallamos.

Todos se volvieron hacia él.

—Sí. Ha sido una suerte. Cuando me sacaron del calabozo y me trajeron aquí, los dos hombres que me custodiaban iban hablando en un idioma gutural y enrevesado: pero, afortunadamente, bastante inteligible. Puse atención y descubrí que hablaban de dónde nos hallábamos. Y creo que dijeron algo así como Pariana. Yo —dijo, mientras sonreía amargamente—no es que esté muy versado en astronomía, pero creo que Paria- na es un planetoide. ¿No es así, Diana?

—Pues, perdone mi ignorancia, pero no lo sé —respondió la aludida.

Alberto Perdí intervino:

—Sí, es un planetoide. Lo sé porque en las cartas astronómicas que llevaba Yolanda, pude leer ese nombre. Lo que no recuerdo es su situación, ni el número de la serie que ocupa.

—Eso es lo de menos—dijo Ike—. Lo único ene sabemos es que nos encontramos en un asteroide o planetoide, desconocido por nosotros y además, prisioneros de un hombre enloquecido por el fanatismo. No es envidiable nuestra situación ¿verdad?

—No. no lo es—dijo férreamente Harry Morgan—.. Pero tampoco debemos deses-perar. Quizá la salvación la tengamos al alcance de la mano, Yolanda no está aquí, con nosotros. Tal vez ella pueda...

—No. Jefe—le interrumpió Ike, descorazonado—. Eso son vanas esperanzas. Yolanda está tan prisionera como nosotros. Es más, el Profesor Lin-Fú la tendrá mucho mejor custodiada, ya que ella sabe lo que son esos malditos abejorros. Y les aseguro que debe ser algo verdaderamente terrible, porque cuando cayó en la cuenta de lo que

eran se puso pálida y sólo su extraordinaria fuerza de voluntad la mantuvo en pie.

Alberto Berdi fue a contestar, cuando la puerta de aquella enorme sala se abrió, para dejar pasar a cuatro hombres. Dos de ellos eran verdaderos gigantes. Los otros dos, el Profesor Lin-Fú y su maquiavélico ayudante Ka-Yu.

El Profesor indicó a sus servidores que cerrasen la puerta tras él. Después, volvióse hacia Harrv Morgan.

:—Señor Morgan, mi saludo más cordial. Hace mucho tiempo que deseaba conocer la identidad del Jefe del Servicio Secreto Espacial. Mi deseo se ha vuelto hoy realidad.

Morgan escupió:

—¡Es usted un asesino, Profesor Lin-Fú y pagará muy caras sus culpas!

El aludido hizo un gesto de burla manifiesta.

—Por favor. No me gusta que me traten de esa manera, no suelo tolerarlo. Pero a los condenados a muerte les está permitido todo, ¿no te parece, Ka-Yu?

—Si, amo.

—Efectivamente. Vais a morir.—El Profesor lo dijo con una frialdad escalofriante—. Pero, antes, quiero que me digan una serie de cosas que deseo saber.

—Nada sabrá de nosotros—dijo con firmeza Harry Morgan.

—¿No? Eso es mucho asegurar, ¿no le parece?

Hizo una señal rápida y uno de los gigantes cogió a Diana por la espalda. La muchacha dio un grito de pavor. Nadie se movió a impedirlo.

Los terrícolas se mordieron los labios de impotencia y de rabia.

—Llévala hacia la cámara—dijo el maquiavélico Profesor.

Y en medio de aquella terrible expectación, abrióse uno de los muros del calabozo y, ante ellos, apareció una cámara rectangular. En ella no había nada más que una mesa, hecha también con gruesas piedras. Sobre la mesa, una serie de hilos de cobre la cruzaban. Ike se dio cuenta en seguida de que, sobre aquella mesa de granito, era donde se hacían las terribles operaciones. El gigante alzó a Diana como si fuese una pluma y la llevó al mismo centro de la cámara. El Profesor Lin-Fú hizo una seña convenida y el gigante acostó a la muchacha, que no cesaba de gritar, sobre la mesa. Con extraordinaria rapidez, pasó unas argollas de acero, semejantes a las esposas, por las muñecas y los tobillos de Diana. Esta, quedó maniatada y sujeta.

—Ahora veréis algo que es interesantísimo —dijo con una

suficiencia repulsiva el Profesor Lin-Fú—. Yo puedo transformar a esa muchacha en un ser horroroso. Todo es cuestión de operaciones sucesivas. Su carne, mediante unos tratamientos sólo por mí conocidos, puede moldearse como la misma cera. La pongo primero a un tratamiento de desintegración. Voy añadiendo neutrones o protones, según me interese, a los átomos de su carne y bien puedo transformarla en madera, en roca, en oro, o en...

—¡Abejorro!—fue la rápida exclamación de Ike.

CAPITULO VIII

Los labios del Profesor Lin-Fú se distendieron en una enigmática sonrisa.

—No—dijo con rotunda complacencia—. Supervaloras mis modestos conoci-mientos científicos, amigo mío. Todavía no hemos llegado a ese proceso admirable de poder transformar a una persona en abejorro u otro animal. Es una pena tener que reconocerlo, pero es así. Aunque no desespero de conseguirlo, desde luego que no.

—Es usted un ser satánico—dijo mordiendo las palabras Harry Morgan.

—Por favor, señor Morgan.

— Su locura y los crímenes que ha engendrado, tendrán un fin espantoso.

—Si usted lo dice...

El Profesor Lin-Fú volvióle incorrectamente la espalda al Jefe del Servicio Secreto Espacial, para encararse con Ike Andriev.

-—Tu estúpida sospecha, amigo Andriev, no me parece tan estúpida pensándola bien. Transformar a las personas en animales-—repitió mentalmente, con una extraña sensación de seguridad—. Seria curioso, ¿no les parece? Y desde el punto de vista científico, supondría una experimentación muy sugestiva y atrayente. Transformar a las personas en animales. Podríamos hacer pruebas con esa joven que tan pacientemente nos está esperando.

El pánico apoderóse de los terrícolas. Ike se maldijo en silencio, por haber sido el causante indirecto de que aquella idea hubiera germinado en el cerebro del tenebroso Profesor.

—No se atreverá usted a hacer eso.

—¿No? Eso es no conocerme bien.—Y dirigiéndose hacia su fiel criado, agregó:— Prepara las cosas, Ka-Yu. Vamos a operar.

Aquellas palabras fueron decisivas. Ike ya no pudo más. Con una rapidez endiablada abalanzóse sobre el Profesor Lin-Fú, a quien propinó un puñetazo espantoso en la mandíbula. El Profesor rodó por el suelo como un fardo. Ka-Yu y los dos gigantes fueron en ayuda de su diabólico amo. Pero se les interpusieron vigorosamente Alberto Berdi y Jim Tilo. La lucha fue espantosa. Los contendientes sabían que era a muerte y hasta el propio Harry Morgan intervino con eficacia, haciendo alarde de sus conocimientos de jiu-jitsu.

Ike se movía como electrizado por una rabia incontenible. Uno

de aquellos gigantes, apenas le duró unos minutos. La cabeza del esbirro aplastóse contra el granito de una de las paredes, quedando muerto en el acto. Ka-Yu tampoco tardó en caer, como una bestia herida, a pesar de haber dejado fuera de combate a Jim Tilo y luchar con un valor fuera de serie. Sólo quedaba ya uno de los gigantes que, en aquel momento, había derribado a Alberto Berdi y estaba intentando estrangularle con sus férreas manazas.

Ike lanzóse en tromba sobre él. Una bestial patada en los riñones, que acusó intensamente, le hizo vacilar, dejando a Alberto Berdi. El gigante levantóse de un salto, apretando los dientes de rabia y de dolor. Ike le esperaba. Entre los dos colosos comenzó, entonces, una lucha singular ante los terrícolas.

El primero en caer fue Ike. Había logrado detener de pleno uno de los terribles puñetazos del gigante, pero la impetuosidad del golpe le echó al suelo. El gigante, sin ninguna vacilación, se le vino encima. Ike apenas pudo esquivarlo. Y por el suelo rodaron los dos, golpeándose sin descanso. Nuevamente se levantaron. Más que dos hombres, parecían dos fieras que estuvieran dirimiendo una cuestión de vida o muerte. El joven pelirrojo comprendió la dificultad que entrañaba vencer a aquella mole de músculos bien templados. Pensó rápidamente le que debía hacer, si quería acabar venciendo. La luz se hizo en su cerebro en aquellos momentos decisivos. Otra vez intentó el choque cuerpo a cuerpo, Los golees menudeaban. Ike estaba esperando una ocasión propicia para colocarse detrás del gigante y, al fin, lo consiguió. En un hábil movimiento, púsose detrás del esbirro, a quien inmovilizó con una presa mortal.

—¡Ni el demonio te libra ya de mis manos! —exclamó Ike.

Y así era en efecto. El coloso revolvióse, enfurecido, tratando por todos los medies de deshacer aquella llave. Pero no pudo. Intentó toda clase de esfuerzos, con el mismo resultado. Ike puso en tensión todos los músculos de su cuerpo. Con una insistencia tenebrosa, fue apretando. El gigante se doblaba para atrás, con grave peligro de su espina dorsal. Todavía hizo esfuerzos desesperados por detener aquella trayectoria fatal para él. Pero Ike no aflojaba su presa. El gigante seguía doblándose. Hasta que oyóse el crujir escalofriante de sus huesos, al tiempo que lanzaba un grito desgarrador…

Ike le soltó. El gigantón esbirro fue cayendo pesadamente al suelo, para no levantarse más.

—Eres admiradle, Ike—saludóle Harry Morgan, con un brillo de felicidad en sus ojos.

Atendieron entonces a Jim Tilo, que estaba el pobre magullado ya Alberto Berdi, que sufría un principio de asfixia. Rápidamente los reanimaron.

—Ese mono amarillo-—dijo Harry Morgan, viendo que el Profesor Lin-Fú volvía en sí—todavía está vivito y coleando. ¡Cójanle! Y a la mesa de operaciones con él.

Obedecieron en seguida. Liberaron a la pobre Diana. La muchacha abrazóse al cuello de Ike, dorando y con los nervios rotos por el miedo que había pasado. En su lugar, dejaron maniatado al Profesor, que estaba abriendo los ojos en aquel momento.

—Han cambiado un poco las cosas, Profesor Lm-Fu. Vamos a comprobar ahora esa serenidad al que hacía alarde, cuando era usted el que nos tenía en sus manos.

El oriental no pestañeó siquiera.

—Usted sabe, señor Morgan, que no tengo miedo.

—Ahora lo veremos.

—No podrá matarme, aunque quiera. Exijo el ser juzgado por unos tribunales legalmente constituidos.

—Su exigencia está denegada. Yo soy ese tribunal, que ya le ha condenado. Pero—dijo endureciendo su mirada Harry Morgan—no va usted a morir muy aprisa. Le torturaremos sin compasión, como hizo usted con el Comandante Andriev, con el Capitán Richer y con todos los cosmonautas que desaparecieron misteriosamente. Lo he jurado por mi sangre, cuando vi lo que habían hecho ustedes a estos hombres.

El Profesor Lin-Fú comprendió que la cosa iba de veras.

—Yo no hacía más que obedecer órdenes.

—¿De quién?—fue la pregunta agresiva de Harry Morgan—. ¿Quién es el jefe de esta maldita organización?

Hubo un silencio angustioso que nadie se atrevía a romper.

—Quiero saber quién es el jefe y usted me lo dirá. Y también quiero saber qué son esa nube y esos malditos abejorros gigantes.

—Y lo que han hecho con Yolanda—intervino Ike.

—Sí—apoyó Harry Morgan—. También nos va a decir dónde tienen a la Profesora Yolanda de Maternich.

El silencio continuaba. El Profesor Lin-Fú no habló hasta pasados unos momentos, que parecieron siglos

—Estoy dispuesto a decirles todo eso, si me garantizan la libertad.

—Usted hablará lo que queramos, desde esa mesa y poco antes de que le matemos definitivamente.

Otra vez el silencio se hizo patente. Y fue entonces, cuando los

ojos del Profesor Lin-Fú se abrieron desmesuradamente, mirando fijo hacia un lado de la estancia. Un grito terrorífico salió de su garganta.

—¡No!...

Todos se volvieron rápidamente en dirección dónde miraba. Ka-Yu, el fiel servidor del Profesor, habíase arrastrado, herido de muerte, hasta el cuadro de mandos de los interruptores y estaba accionando en ellos.

—¡No, Ka-Yu! ;No lo hagas! ¡No!...

Ike y Alberto Perdí trataron de impedir lo que se proponía. Abalanzándose sobre él. Pero llegaron tarde. Ka-Yu ya había conectado. Oyóse una descarga eléctrica, como un estampido seco. El cuerpo del Profesor Lin-Fú agitóse convulsivamente unos segundos. Desnués quedó inmóvil y vivido. Estaba muerto. Casi al mismo tiempo, su fiel servidor Ka-Yu, agarrándose a las paredes, caía muerto también.

* * *

Guiados por Ike, registraron seguidamente todos los corredores y estancias secretas, buscando a Yolanda. Pero fue inútil. No consiguieron localizar a la joven, ni a sus endemoniados aprehensores. La subterránea fortaleza estaba completamente desierta.

Decidieron salir al exterior. La ardiente luz de un sol esplendoroso les cegó momentáneamente.

—No hay ni el menos rastro de ella—dijo Harry Morgan.

—Es para volverse loco.

—No nos desanimemos. Ike—terció Diana— tenemos que encontrar a Yolanda.

—Desde luego, yo hace ya tiempo que tengo la sensación de que alguien nos está observando, —Ike Andriev arrugó los ojos escrutadoramente—. No estamos solos en este planetoide.

—Pero...

Las palabras de Alberto Berni quedaron en el aire, al escucharse en aquel momento unas explosiones atronadoras, muy conocidas por los terrícolas. En efecto, eran las descargas comentes del arranque de una nave espacial.

Todos corrieron hacia unas dunas que se alzaban a menos de cien metros de ellos. Tras estas dunas, extendíase una planicie enorme, de la que salía ahora, entre los chorros de fuego y humo de sus cohetes retropopulsores, una potente aeronave, rumbo al espacio. Otra aeronave veíase posada en la planicie todavía.

—Vamos a ella, ¡rápido!—gritó con todas sus fuerzas Harry Morgan—. A ver si aún podemos detener a la segunda aeronave.

—¡Vamos!

Sin tomar precauciones de ninguna clase, salieron disparados. Ike fue el primero en llegar. Con el nerviosismo natural, ascendió rápidamente por la escalerilla inferior. Y cuando los demás llegaron, el joven pelirrojo salía, bajando por la escalera superior de la nave espacial. Estaba visiblemente desconcertado.

—No hay nadie aquí—dijo.

—¿ Cómo se explica ?

—No tengo la menor idea.

—¡Dios mío!—exclamó Diana—. ¿Y Yolanda?

—Yolanda—repitió Ike, levantando sus ojos hacia la estela de humo blanco que dejara en el cielo la otra aeronave—. Estoy seguro de que va prisionera en la nave que vimos salir.

—¡Esos malditos monos amarillos!...—exclamó entre dientes Harry Morgan.

El piloto Alberto Berdi y el copiloto Jim Tilo, mientras tanto, reconocieron detenidamente la nave abandonada. Comprobaron los depósitos de combustible, los tanques de emergencia, las cargas de los cohetes retropopulsores, los mandos, etc. Quedaron muy satisfechos. Todo estaba en perfecto orden y en estado de uso. Seguramente, aquella nave era la destinada al Profesor Lin-Fú y sus esbirros. Por estar en condiciones, hasta encontrar comida fresca, aparte de los comprimidos vitamínicos y de mantenimiento que nunca faltaban en estos artefactos espaciales.

—Es inútil tratar de alcanzarlos—les dijo Harry Morgan, que había reunido a todos—. Creo que lo más prudente es que regresemos a la Tierra. Ike nos dijo que el misterio debía resolverse allí y cada vez estoy más de acuerdo con su teoría. ¡Regresemos!

Todos permanecieron callados. Nadie hizo la menor objeción. Obedecieron, pues, en silencio, disponiéndose a la partida. Estaban tristes y cabizbajos. Un sentimiento de fracaso llenaba su corazón y no solamente por la oscuridad en que aún se encontraban con respecto a aquella organización criminal, sino sobre todo por la pérdida de la Profesora Yolanda de Maternich. Ike no sabía qué pensar. Imaginaba que la joven estaría sufriendo terriblemente, en poder de aquellos orientales desalmados. Y su impotencia le crispaba los nervios. Ni siquiera Diana, que había cogido una de sus manos, tratando de infundirle ánimo, conseguía calmarlo,

Momentos después, la afilada proa de la aeronave cortaba el viento de aquella mañana soleada y se perdía en la nítida lejanía

del mar azul...

* * *

En el amplio despacho del Profesor Douglas Lin, hallábanse reunidos con éste, el Jefe del Departamento de Investigaciones Científicas del Espacio, Profesor Lionel Yuste, el General Mac Tury, Diana, Harry Morgan, Ike Andriev y el Delegado Especial de1 Estado. Excelentísimo señor Don Gun Lovennan.

Era de atardecido. El despacho se encontraba en una semipenumbra agradable. La tarde se había presentado mala. Unas nubes grisáceas oscuras, proyectaron, desde el mediodía, su sombra sobre la ciudad. La aparatosa tormenta no se hizo esperar. Primero fue un relampagueo constante, acompañado del sordo retumbar ele los truenos; luego, una fina llovizna, que había degenerado finalmente, y aún continuaba durante la reunión, en un aguacero con caracteres torrenciales, que no parecía acabar nunca. Por eso, aquella semipenumbra era agradable. Se oía el ruido del agua. Y por los grandes ventanales de la estancia, veíase la lluvia azotando los cristales despiada-damente.

Harry Morgan hizo una exposición detallada de todo lo ocurrido desde que salió la expedición. Los presentes le escucharon con un interés manifiesto, sin interrumpirle en absoluto. Al acabar el Jefe del Servicio Secreto Espacial, el silencio pareció que aumentaba, sobrecogiendo a todos.

—Como ustedes habrán comprendido, por mis palabras—dijo Harry Morgan—tenemos que reconocer nuestro fracaso. Continuarnos tan a oscuras o más aún que en un principio.

—Sin embargo—intervino, con una desenvoltura admirable Su Excelencia Don Gun Loverman, que presidía la reunión—no me agradaría que pesara sobre el ánimo de ustedes ese fracaso. Mi opinión es que ustedes han hecho lo que han podido y me atrevo a decir que más de lo que han podido.

—Gracias, Excelencia.

—No hay tal fracaso, señores. En el informe que debo elevar a la consideración del señor Presidente de las Naciones Unidas de la Tierra, pesará también mi parecer.—Se detuvo, como si esperara ver el efecto que producían sus palabras—. El asunto es muy complejo. Desde luego, me inclino abiertamente sobre ja teoría expuesta por los señores Morgan y Andriev. Esa organización está dirigida desde la Tierra.

El Profesor Douglas Lin preguntó entonces:

—¿Pero qué hay de esa nube de fuego y de los abejorros

gigantes?

—Lo ignoramos. Lo ignoramos, por ahora.

—No le comprendo, señor Andriev.

—Espero poder desentrañar este misterio, Profesor, con la ayuda de todos. Es cierto—dijo Ike—que hay muchas lagunas en él, pero también hay algunos puntos bastante claros, que puede que nos conduzcan a una posible solución.

—Todo el apoyo que necesite, lo tiene usted, señor Andriev—ofreció el Delegado Especial del Estado, Su Excelencia Don Gun Loverman.

—Gracias, señor.

—No necesito insistir sobre el peligro que supone esa organización para la Tierra. Nos hallamos bajo una amenaza que puede sernos fatal.

Esa organización conoce, ahora, con la captura de nuestros cosmonautas y la tortura a quo estos han sido sometidos, muchos planes secretos, de vital importancia para nosotros. Por tanto, hay que encontrar la cabeza que mueve los tentáculos de la misma y destruirla, al precio que fuere. Espero de todos ustedes—siguió diciendo Su Excelencia Don Gun Loverman con una seriedad que hacía daño—que colaboren eficazmente, estudiando con una minuciosidad sin límites, el asunto.

Los presentes asintieron en silencio.

—Por nuestro Ministro Plenipotenciario y agregados de la Embajada en China y, sobre todo, por nuestros enviados especiales del Servicio. Secreto, sabemos que el actual Gobierno de China no está dispuesto, en absoluto, a entrar en guerra; menos por un motivo tan fútil. Pero, no obstante, hay una fuerte presión en este Gobierno, que está haciéndole vacilar aún contra su voluntad. Por eso, insisto en la desarticulación de ese organismo criminal.

—¿Por qué no vamos a China abiertamente. Excelencia?—preguntó el General Mac Tury.

—No es posible, General,

—Yo también estimo—dijo el Profesor Lionel Yuste—que si China es una amenaza en ciernes, debemos atajarla sin consideraciones.

—Lo siento, Profesor. No se puede ir abiertamente contra una velada amenaza que, hasta el momento, no pasa de ser tal amenaza. Hace falta que se produzcan los hechos, para ir contra ellos. Puede, señores—dijo sentenciosamente el Delegado Especial del Estado Gun Loverman—que aunque China sea el instrumento directo, la verdadera organización se esté moviendo en otro sitio diferente.

Aquí mismo, por ejemplo. Y no olviden que no son sus tentáculos lo que queremos cortar, sino la misma cabeza. Creo que es la única forma de acabar de una vez.

Los asistentes se enzarzaron, entonces, en una discusión sobre este concepto expuesto por el Delegado Especial del Estado. Ike les observaba con un cuidado sin precedentes. Tras las palabras de cada cual, esperaba poder descifrar la verdadera intención que se escondía. Pero una vez más tuvo que reconocer su fracaso. Se necesitaría para ello, ser un experto en sociología y conocer perfectamente, además, la verdadera personalidad de los que estaba observando; cosas ambas de las que Ike no tenía la menor idea.

—Bien. Pues eso es todo por hoy, señores. Pasado mañana nos volveremos a reunir en este mismo despacho y espero que, para entonces, podamos entre todos aportar un poco más de luz a este asunto. Nada más.

Todos se levantaron. La reunión había terminado. Momentos después, en el amplio despacho del Profesor Douglas Lin, sólo quedaban éste, Ike y Diana.

—Perdone, Profesor, que le moleste, pero...

—Diga usted, señor Andriev.

—Quisiera hablar con usted un momento. Desearía conocer su opinión privada sobre ciertos aspectos de este maldito embrollo.

—Hable. Le escucho a usted.

Ike se detuvo unos segundos, antes de continuar. Estaba decidido a llevar adelante sus investigaciones, aunque para ello tuviera que incurrir en alguna falta de consideración. Por eso dijo:

—Aquel nombre que oímos, por alfabeto Morse, la Profesora Yolanda de Maternich y yo... —¿Qué?

—Nada. No me parece que se le ha concedido demasiada importancia en la reunión.

—Seguramente, no la tiene, señor Andriev.

—¿Seguramente?... Oímos con toda claridad y repetido ademán, el nombre de Mac Tury.

—Sí. Eso ha dicho el señor Morgan en su exposición oficial.

—¿Qué significa tal nombre y en aquel lugar?

—No puedo responderle. Sé lo mismo que usted o menos aún. Pero no creo que...

—Me gustaría conocer su opinión privada, si no tiene inconveniente, Profesor.

—Por favor, señor Andriev.

—Se lo ruego.

—Pues, no sé qué decirle.—Las angulosas facciones del Profesor

Douglas Lin, parecieron acusarse en la extraña actitud que adoptó. Sus ojos azules e inexpresivos trataron de aparentar una indiferencia, que estaba muy lejos de sentir en semejante momento —. No sé qué decirle. Es muy extraño que se le nombrara allí. Pero esto no puede probar nada. Sin embargo…

Ike no quiso interrumpirle.

—Sin embargo—siguió el Profesor Douglas Lin—algo querían decir al dar este nombre, ¿no le parece?

—Eso mismo pienso yo.

—Sí. Y aunque no tiene mayor importancia, no quiero ocultarle cuanto sé de él. Pocos conocen la verdadera especialidad del General Mac Tury; ni siquiera muchos que se precian de ser amigos íntimos suyos lo saben. El General es un eminente especialista en cuestiones asiáticas.

CAPITULO IX

Aquella misma noche y a pesar de que seguía diluviando con tanta intensidad como por la tarde, Ike y Diana comenzaron las investigaciones por su cuenta montados en sillas volantes cubiertas, se dirigieron hacia el domicilio del General Mac Tury, un diminuto hotelito en las afueras de la ciudad. Era un lugar tranquilo, apartado del continuo movimiento de la populosa capital. Allí, la quietud y la paz parecían haberse posesionado, como formando parte de los jardincillos que circundaban los solitarios chalets. A pesar de la desapacible noche, que se dejaba sentir, con aquella lluvia que no cesaba, Ike se dijo que el lugar no podía ser más agradable. Se respiraba una soledad llena de encanto que, sin duda, ejercería un beneficioso sedante sobre los nervios de sus moradores. El joven pelirrojo envidió aquellas sencillas casitas, casi a la sombra de las imponentes moles de los gigantescos rascacielos.

Cerca del hotelito del General Mac Tury, se detuvieron. Querían reconocerlo despacio, para asegurarse de que no había nadie en él. Y, desde luego, todo parecía desierto a aquella hora; ni se veía luz, ni el menor vestigio de que hubiera alguien en la casa se percibía. Nada. El hotelito, bajo la lluvia torrencial, aguantaba con un estoicismo inconmovible el terrible desamparo en que se encontraba.

Ike y Diana aún se esperaron un poco, para cerciorarse bien. Después, y pausadamente, fueron hacia él. Traspusieron la verja del jardincillo, como dos sombras más de la noche y se guarecieron bajo uno de los balcones de la casa. La lluvia parecía arreciar por momentos.

—Tengo miedo, Ike — musitó Diana, casi al oído del joven pelirrojo y mientras se cogía de su brazo temblorosa.

—Eso es un insulto para mí. No debes temer nada a mi lado.

—Perdona.

—Está usted perdonada, joven—-dijo Ike con una ceremoniosa simpatía. Luego respiró con profundidad, al tiempo que agregaba, también muy bajito:— ¿Quieres que te confiese una cosa. Diana?

—¿Qué ?

—Que yo también tengo mi parte de miedo.

Los hermosos ojos de la muchacha sonrieron, por aquella inesperada salida. Instintivamente hizo más fuerte su presión en el brazo de Ike. Este volvióse a mirarla, con una franca sonrisa en los labios. Pero al encontrarse con los ojos de Diana, la sonrisa fue desdibujándose suavemente, en tanto adquiría su rostro una extraña

actitud de interés y de muda sorpresa. Se hizo el silencio en los dos, en aquella mirada fija y penetrante. Tan sólo se oía el persistente ruido del agua. Y estaban tan cerca el uno del otro, que Ike apenas tuvo que inclinarse un poco para besar los labios de la muchacha, que no rehuyó la caricia. Después, continuaron sin decirse nada.

—Lo siento, Diana. Perdóname.

—No tengo nada que perdonarte.

—Yo…

—Por favor, Ike.—La muchacha puso una de sus manos sobre la boca de Ike, susurrando en Un tono de voz entrañable:—Me ha gustado lo que has hecho.

El joven pelirrojo tuvo que sacudirse la cabeza violentamente, para sustraerse a la influencia que estaba ejerciendo Diana sobre él. Con delicadeza hizo que le soltara el brazo.

—Hay que entrar en la casa por donde sea.

—Mira aquella ventana—dijo Diana, señalándosela—. Está abierta.

—Es una suerte. Pero me sorprende encontrarla abierta en una noche como esta.

—Seguramente, se olvidaron de cerrarla.

—Sí. Puede ser. No obstante, bueno será que vayamos prevenidos. Toma—dijo dándole una pistola de rayos masivos—. Puede que nos haga falta.

—¿Y tú?

—Yo también voy armado.

Afortunadamente la ventana no era muy alta y pudieron penetrar con facilidad. Ike encendió una lamparita de bolsillo. Con la precaución que el caso requería, registraron la casa de arriba a abajo, deteniéndose en la habitación que hacía de despacho. Pero no encontraron nada. No vieron ni el más leve indicio que pudiera hacer sospechoso al General. Nada. Sólo documentos y muchos papeles relativos a su importante cargo en el Ministerio Mundial de la Guerra, que todavía contribuían a engrandecer su persona. A pesar de ello, Ike siguió buscando, sin descanso, por todas partes. Miraron hasta detrás de los cuadros, en la caja fuerte, a la que abrieron con facilidad y hasta en los sitios más inverosímiles. El resultado fue el mismo. Nada que pudiera comprometerle se podía hallar en la casa.

Desilusionados, Ike y Diana decidieron marcharse cuanto antes y por donde habían entrado. Pero, al llegar a la habitación donde estaba la ventana abierta…

—Buenas noches, señor Andriev.

Ike y Diana se quedaron clavados en el sitio en que se encontraban. Un hombre, el General Mac Tury a juzgar por su voz, estaba acodado en la misma ventana abierta, fumando y dándoles la espalda con una pasmosa serenidad.

—No muy buenas noches, ¿verdad?—-siguió diciendo en un tono de voz indescifra-ble, aunque quería ser irónico—. Sigue diluviando. Sin embargo, esto no parece haberles arredrado a ustedes.

—General Mac Tury, yo...

—Ustedes han desafiado las inclemencias del tiempo. Muy admirable—dijo con aquella parsimonia que rompía los nervios—. A decir verdad, yo les estaba esperando. Por eso dejé la ventana abierta.

—Le ruego que nos disculpe, General. El asunto en que estamos metidos nos hace sospechar de todos.

—Ya lo he podido comprobar.

—Sé que mi posición es falsa. Pero usted debe comprender que las circunstancias obligan a este extraño comportamiento.

—Sin duda ninguna. No obstante, señor Andriev, podía haberme preguntado directamente y se hubiera ahorrado, por lo menos, la molestia de mojarse y de trabajar inútilmente. Supongo que no habrán encontrado nada de particular. Es natural. Me doy perfecta cuenta ahora, de que hayan fracasado ustedes en la expedición. Calificarles de sagaces, no sería lo más adecuado.

—Vuelvo a pedirle disculpas. General.

—Tiene mi casa abierta, para hacer todos los registros que precise. Pero ahora, ¡váyanse cuanto antes! Y háganlo esta vez por la puerta, por favor; es más cómodo. Encontrarán la puerta de la casa a la izquierda de ese pasillo que tienen delante. Buenas noches.

—Me gustaría que no guardara usted mala impresión de...

—Buenas noches—dijo secamente.

Ike asintió en silencio y cogiendo a Diana de la mano, se fueron apresuradamente, mientras parecía quemarle la sangre en las venas, por aquel espantoso ridículo que ambos habían corrido.

Si su amor propio le hubiera permitido volverse. apenas salieron del hotelito, habría quedado confundido al ver la enigmática sonrisa que florecía en los labios del Genereral McTury.

* * *

Los días siguientes los pasó Ike con un humor de todos los diablos. No había descartado como sospechoso al General Mac Tury. Sin embargo, fue desviando su atención de él, por el momento.

Sospechaba de todos, pero, sin darse cuenta, establecía un círculo vicioso, en el que quedaba encerrado, por más vueltas que le daba a la cosa. Estaba cada vez más desconcertado.

Diana fue a verle con Harry Morgan, el Jefe del Servicio Secreto Espacial.

—Ike, traemos noticias—fue el alegre saludo de la joven.

—¿De veras?

—Muy buenas noticias—dijo Harry Morgan—. Podemos sentamos, ¿no?

—Desde luego.

Se acomodaron en uno de los cuartos de la habitación de Ike. Encendieron unos cigarrillos y mientras fumaban fue hablando, bastante emocionado. Harry Morgan.

—En primer lugar, quiero que sepas que, Diana, me ha puesto al corriente de vuestra salida nocturna del otro día—dijo sonriendo abiertamente, al ver la cara que ponía Ike—. La verdad es que me ha dado que pensar.

—Fue una solemne estupidez.

—No tanto. Como consecuencia de ella, he querido retroceder al principio de todo este embrollo. Diana y yo nos hemos movido.

Ike no se entusiasmaba en absoluto. Habían sido demasiados fracasos, para olvidar-los tan repentinamente.

—El principio no podía ser otro que las cintas magnetofónicas, donde están graba-dos los mensajes de los cosmonautas desaparecidos.—El Jefe del Servicio Secreto Espacial se detuvo unos segundos—. Creo que hemos comprobado algo muy interesante. Nos hemos ido a la torre de control donde se guardan todas las copias de estas cintas y, casi me atrevería a asegurar que hemos comprobado que todas las cintas han sido borradas con una habilidad sorprendente y precisamente en el momento en que los cosmonautas querían dar la posición exacta en que se encontraban. ¿Qué tal?

—Es una pista, qué duda cabe, aunque una pista muy vaga. ¿Qué más hay?

—¿Qué más? ¿Te parece poco?

—No me parece nada.

Diana intervino eficazmente:

—Creo que no te has percatado bien, Ike. Fuera de un técnico y su ayudante—expuso la muchacha, que parecía contagiada de la emoción de Harry Morgan—sólo tienen acceso a esta torre de control, el Profesor Douglas Lin y el General Mac Tury. Al Profesor hay que descontarlo, porque su personalidad e incluso su actuación,

no dejan lugar a dudas. Por tanto…

—No — negó rotundamente Ike Andriev de muy mala gana, cortando a la mucha-cha—. No estoy dispuesto a iniciar, nuevamente, este jueguecito; sobre todo, marchan-do tan a oscuras. Lo siento. Reconozco que puede ser una pista importante, pero también puede no serlo. Y, ante la duda, yo me abstengo completamente. Porque acaban de decir que es casi seguro que las cintas han sido borradas. Casi seguro—puntualizó Ike— pero no seguro, ni mucho menos. No. Lo siento de veras.

—Pero Ike…

—Yo quiero pisar tierra firme, no hundirme en suposiciones. Y si quieren saber mi sincera opinión sobre esto, les diré que ni el Profesor Douglas Lin, ni el General Mac Tury me parecen sospechosos. Es decir, a ver si me hago entender, estos dos señores, mientras no se me demuestre lo contrario, me parecen tan sospechosos como pueda serlo usted, señor Morgan, o Diana o incluso yo mismo.

—Yo creo que las cintas han sido borradas —dijo con voz firme Harry Morgan.

—Lo cree. Muy bien. ¿Y qué?

—Alguien tiene que haberlas borrado.

—¿Quién?… ¡ Ah!, no se canse. No lo sabemos. No sabemos siquiera si han sido borradas. Suposiciones. Todo son suposiciones. No. No es ese el camino, aunque no vamos a descartarla, ni mucho menos.

—¿Entonces ?

—No sé.

Harry Morgan levantóse violentamente de la silla. Parecía haber tomado una resolución.

—Pues tú harás lo que quieras. Pero yo voy a seguir con esta pista, hasta donde llegue. Estoy convencido de que alguien ha maniobrado en las cintas magnetofónicas. No me detendré hasta asegurarme de que esto es cierto y de atrapar al maldito culpable.

Ike no quiso discutir. No iba a adelantar nada. Lo mejor era dejar que Harry Morgan se desahogara a su gusto. De esta forma, acabaría pronto, al no encontrar ninguna oposición. Y así fue en efecto. Harry Morgan estuvo hablando un buen rato y viendo que Ike no despegaba los labios, se marchó la mar de enfadado, dando un terrible portazo.

* * *

Los dos jóvenes prorrumpieron en una estruendosa carcajada.

Momentos más tarde, sallan a dar un paseo por la ciudad. Era una mañana espléndida. El cielo estaba completamente azul. Brillaba un sol maravilloso, que parecía querer suavizar el ambiente frío que se respiraba, como consecuencia de las lluvias pasadas.

Ike y Diana anduvieron sin rumbo fijo, iban charlando de las cosas más dispares. Los dos experimentaban una agradable sensación de bienestar, después de las terribles experiencias sufridas en la expedición.

—No te dije que había solicitado del Ministerio autorización para hacer un registro en casa de Yolanda?

—No sabía nada.

—Sí. Pensé—dijo Ike sin darle demasiada importancia—que sería conveniente, por si tenía la suerte de encontrar algún papel suyo, en el que se manifestaran sus sospechas o... Me mandaron la autorización en seguida y las llaves de su casa. Creo que fue una tontería solicitarlo.

—Tal vez sea interesante. A mí me gustaría curiosear, aunque sólo sea por eso. Debe ser atrayente, Ike.

—Estoy seguro de que perderíamos el tiempo.

—¿Tienes las llaves ahí?

—No creo—-dijo el muchacho, mientras se registraba los bolsillos de la chaqueta—. No. No las llevo. No sé ni por dónde pueden estar siquiera. Sinceramente, creo que perderíamos el tiempo. Si te lo he dicho, ha sido por decir algo.

—Puede que tengas razón. Pero no puedo remediar el ser tan curiosa. Me habría gustado asistir a ese registro.

—Pues lo siento de veras.

—Qué se le va a hacer.

—Es mejor que paseemos, disfrutando de... Espera—dijo repentinamente Ike. Registróse el bolsillo superior de la chaqueta y aparecieron en seguida las llaves en su mano—. Aquí están las llaves. Me he acordado ahora de que, algunas veces, suelo dejarme las cosas en este dichoso bolsillo.

—¡Estupendo!—exclamó Diana la mar de contenta—. Vamos al momento a hacer ese registro, Ike.

—Estoy seguro de que vas a desilusionarte.

—Nada perdemos con ello.

—Eso sí.

—Vamos, Ike.

—Vamos cuando quieras.

Yolanda de Maternich tenía su apartamento en la lujosa Avenida 236, casi en el centro mismo de la ciudad. Los poderosos rascacielos

se apretaban allí, formando con su grandiosa estructura, un conjunto que imponía. Con ser tan ancha como era la Avenida 236, la difuminaban estas gigantescas arquitecturas. Ike y Diana no tardaron en llegar. La casa de la Avenida 236, donde vivía Yolanda, era de lo más perfecto en construcción, no careciendo de ninguno de los adelantos hasta entonces conocidos. Tenía ascensores automáticos, que continuamente estaban bajando y subiendo a una velocidad vertiginosa. Acondicionamiento de aire y de cambio de temperatura, a conveniencia, teléfono-visión, etc. Y en su interior había toda clase de tiendas y negocios, así como espectáculos, que se pudieran imaginar. En los apartamentos, las paredes que dividían los cuartos eran totalmente de cristal cambiable en transparente o no, además de movibles; pudiendo, por exigencias o por comodidad simplemente, ser cambiada en segundos la disposición de estos cuartos en cada, apartamento.

Ike v Diana no tardaron en darse cuenta de la envidiable posición que debió haber gozado su infortunada amiga Yolanda. Todo en el apartamento respiraba un confort y una suntuosidad sin límites. Mantener esta casa suponía, sin duda ninguna, estar en posesión de una saneada cuenta comente.

Los dos jóvenes hicieron un minucioso registro en el apartamento. Buscaron por todas partes, revolviendo la casa de arriba a abajo. Nada. Como había vaticinado Ike, no vieron ni el más leve indicio en el que Yolanda hubiera hecho constar sus sospechas. Todo eran estudios, fórmulas y trabajos relacionados con la especialidad de la mucha-cha, aparte de las cosas de tipo común en una casa cualquiera, aunque con mucha elegancia y refinamiento. Pero de lo que les interesaba, no había ni el menor rastro.

Cansados y un poco molestos por el tiempo perdido inútilmente, se dejaron caer en un diván que se veía en una terraza formidable, completamente encristalada. Estaban desilusionados, Ike ofreció un cigarrillo a Diana y los dos fumaron, recostados en aquel diván.

—¿Quieres beber algo?—le preguntó la joven—. Sé dónde está el bar y no carece de ninguna clase de bebida.

—Sí. Trae un poco de ginebra para mí; sola, por favor.

—En seguida.

Mientras Diana preparaba los vasos de bebida en una habitación contigua. Ike se distrajo mirando las caprichosas sinuosidades del humo azulado de su cigarrillo. Pensaba también. Pensaba que cada vez se hacía más impenetrable aquel misterio. Y comenzaba a cansarse ya. Tendría que abandonar el asunto por agotamiento, a

juzgar por el cariz que estaban tomando las cosas. Cada vez había más oscuridad.

Diana regresó con la bebida.

—Tenías tú razón, Ike.

—Sí.

—Nada interesante hemos podido encontrar.

—Yo lo esperaba, la verdad. No sé por qué, pero estaba seguro de que no hallaríamos nada que pudiera darnos ni una pista siquiera.

—Sin embargo, yo tenía ganas de curiosear. Perdóname.

—Perdonada.—El joven pelirrojo dejóse caer del todo en el diván—. ¡Ah!, se está bien aquí, ¿eh?

—Muy bien. Sobre todo, después de lo cansados que estamos nosotros.

—Sí, claro.—Ike quedóse un momento mirando fijamente algo que le llamó la atención—. Qué raro—dijo.

—¿El qué es raro?

—Ese cuadro—dijo, señalándolo con una manifiesta desgana.

Diana levantó sus ojos hacia él. Efectivamente, era un cuadro extraño. No decía nada. Sobre un fondo negro intenso, habían puesto simplemente unos puntos blancos, de variados tamaños, siguiendo una trayectoria ondulante que iba de un ángulo a otro de la tela.

—Arte airal, ¿no?—preguntó Diana.

—No tengo la menor idea. Soy un profano en pintura.

—Sí. Es lo que llaman ahora al arte pictórico del espacio.

—¡Ah! No lo sabía. Muy raro. Me gustaría—dijo Ike levantándose—saber qué es lo que representa, sí es que representa algo.

—Yo tampoco lo sé—manifestó la muchacha, con un gesto de extrañeza.

Ike estuvo observando aquella pintura unos momentos. Después quiso tocarla, como el hacerlo pudiera desvelar un tanto el misterio de su representación. Acabó, en un brusco movimiento instintivo, por descolgar el cuadro, para observarlo a su placer. Pero al descolgarlo vio, asombrado, que el cuadro disimulaba una caja secreta, empotrada a la pared.

—¡Caramba!

—Una caja fuerte, ¿no?!—exclamó Diana, que se había levantado apresurada-mente—. Estoy muerta de curiosidad.

—No es precisamente una caja fuerte. Ya viste que, en el comedor, encontramos la que guardaba dinero y algunos

documentos de importancia.

—Entonces, ¿qué puede ser?

—Ahora lo veremos, si es que podemos abrirla.

La caja tenía una tapa redonda, un poco mayor que el diámetro de un plato sopero. Era de metal brillante toda ella y en su centro veíase una hendidura lo suficientemente ancha como para dejar pasar los cuatro dedos de una mano. Ike agarróse a ella, sin hacer mucha fuerza. La caja se abrió suavemente, al tiempo que se iluminaba, con unas luces indirectas, el interior de la caja.

Ike y Diana se quedaron tan confundidos de lo que vieron, que no se atrevieron a hablar siquiera. En la caja secreta sólo había una estatuilla de bronce, representando a un exótico Buda.

—No me explico cómo…—balbuceó Ike.

—¡ Un Buda!

—Sí, un Buda. Pero no comprendo en absoluto qué hace aquí esta estatua oriental.

—-Ni yo.

—¡Por todos los demonios del infierno!…—-El joven pelirrojo cogió el Buda sin ninguna consideración y lo puso sobre una mesa bajita que había en el centro de la terraza—. Hay que saber lo que significa este maldito Buda en casa de Yolanda. Porque yo no puedo creer…—Ike volvióse a mirar escrutadoramente a Diana, que aguantó la mirada, sin hacer ninguna observación—. ¿Por qué me miras así? Tú no lo crees tampoco, Diana, ¿no es cierto?

—Lo siento, Ike. Pero aunque no queramos —dijo al fin la muchacha—los dos estamos pensando lo mismo.

—Pero, ¡es imposible!

Al decir esto, Ike, que tenía cogida la cabeza del Buda, en su nerviosismo le dio la vuelta y la estatua se abrió de arriba abajo, por la presión de este resorte. Dentro del Buda, sobre terciopelo verde, había una serpiente alada, de oro macizo, que sostenía en su boca un gigantesco rubí, que despedía unos extraños reflejos. Aquella aparición los dejó boquiabiertos.

—¡Vaya una soberbia piedra!—exclamó el joven admirativamente, disponiéndose a cogerla.

Diana lanzó, entonces, un grito aterrador:

—¡¡No!!… ¡No, Ike, no la toques, por Dios!

CAPITULO X

Ike, todavía en actitud de coger aquella piedra preciosa, con la mano derecha suspendida en e! aire, volvióse pausadamente a mirar a Diana. Sus ojos la interrogaron angustiosamente.

—¡No la toques!

—Pero...

—¡Sí tocas ese rubí, morirás en el acto, Ike.

—¿Cómo se comprende?

—No es un rubí vulgar. Sus fulgurantes destellos, me lo han hecho comprender en seguida. Es una piedra sometida a radiaciones. Seguramente se halla en estado de conducción y en efervescencia continua. Por este motivo, emite radiaciones, que vuelve a recoger por su misma calidad conductora. Su contacto es mortal. Si tocas ese rubí, te desintegrará en unos minutos.

Ike, que aún continuaba en aquella extraña actitud de ir a coger la piedra, vaciló en una indecisión que parecía temeraria. Un involuntario estremecimiento recorrió su cuerpo. Después dio unos pasos hacia atrás, con los ojos desmesuradamente abiertos. Su respiración agitóse descompasada, por el peligro que había corrido. Estaba pálido y asustado, a pesar de poseer un temperamento poco común.

Como un autómata, fue acercándose a Diana. Ninguno de los dos dijo nada. Sobraban las palabras en aquel momento. Hasta que lke echóse en los brazos de la joven, embargado por la emoción. Fue un abrazo de amor, que el nerviosismo hacía más fuerte y más sincero.

—Mi pequeña Diana.

—Ike.

—Te quiero. Te quiero más que a mí mismo.

—Ike, amor mío. Bendigo este peligro que hemos sufrido, porque él nos ha abierto el corazón.

Se besaron con una ansiedad indescriptible. Además de amor, había un agradecimiento recíproco. Y este sentimiento comenzaba a unirles definitivamente, con los lazos del más puro entendimiento. La felicidad se extendía ante ellos. Una felicidad suave y acariciadora, que había despertado de entre las brumas de aquella trágica aventura, que les guardaba un desenlace desconcertante. Cuando se serenaron al fin, dijo Diana:

—Ya sé quién es el jefe de esta organización, Ike y también qué cosa son la nube de fuego y los abejorros gigantes.

—Yo también lo sé. Y me quema en la boca el tener que decirlo.

—Lo comprendo—asintió la joven.

—Nos ha engañado a todos — dijo, mientras involuntariamente observaba a la serpiente alada de oro que sostenía en su boca aquel enigmático rubí—. Ha jugado con nosotros. ¡Maldita sea!

Es una serpiente del espacio, sin sentimientos ni corazón.

—Afortunadamente, ya pasó todo.

—No—replicó Ike en un tono duro y reconcentrado—. No ha pasado todo. Queda ella y no descansaré hasta encontrarla.

—;.Pero cómo, Ike?

—Ya lo verás.

Ike Andriev hizo funcionar el telefón-visión. La diminuta pantalla iluminóse con la imagen de una solícita señorita.

—¿Con quién desea hablar, señor?

—Póngame línea oficial, urgente.

—Al momento, señor.

La pequeña pantalla se oscureció, para iluminarse poco después con la imagen uniformada de un funcionario de los Ministerios conjuntos.

—¿Con quién desea hablar?

—Con el Departamento del Servicio Secreto Espacial. ¡Es muy urgente!

La pantalla, a oscuras, habló inmediatamente.

—Departamento del Servicio Secreto.

—Por favor—exclamó Ike—. Deseo hablar con el Jefe, cuanto antes.

Pasaron unos largos minutos, antes de que nuevamente una voz dijera:

—¿Qué desea usted?

—Soy Ike, Jefe. Dé en seguida la visión, por favor.

La pantalla iluminóse. Harry Morgan apareció en ella, con aquel gesto suyoˆ característico, de inquietud, de que siempre hacía alarde.

—Qué hay, Ike?

—Todo solucionado.

—¿Cómo?

—Verá usted. De una manera casual, acabamos de descubrirlo Diana y yo. El misterio de la nube de fuego y de los abejorros gigantes, está claro, como este día de hoy.

—¡Un momento! No te vayas tan aprisa. Dime dónde os encontráis y salgo para ahí inmediatamente.

—Estamos en la avenida 236, en el número 110, apartamento

27. Pero escuche, antes de…

Harry Morgan había desaparecido de la diminuta pantalla, aunque ésta continuaba iluminada. Una voz oyóse en aquel momento:

—Lo siento, señor. El Jefe se ha marchado apresuradamente. Corto.

* * *

Harry Morgan tardó menos en reunirse con ellos, en casa de Yolanda, de lo que cuesta de decirse esto. Fue acompañado de varios ayudantes suyos del Departamento. Ike y Diana le pusieron al corriente de todo, enseñándole el Buda y el dichoso rubí que emitía radiaciones. Harry Morgan los observó con un cuidado especial. Sus ojos se arrugaban nerviosos y sorprendidos.

—Está claro, horriblemente claro—dijo, mientras ordenaba, con un ademán imperioso, que apartaran de su vista la estatuilla—. Pero, ¿y la nube y los abejorros?

—No hay tales abejorros.

—¿Qué no?…—El Jefe del Servicio Secreto Espacial hizo la pregunta en medio del mayor de los desconciertos. Diana negaba con la cabeza—. Todos los que fuimos a la expedición los vimos.

—Creímos verlos, que no es lo mismo—replicó la muchacha con seguridad—. La nube de fuego, no es otra cosa que]a consecuencia de una explosión termonuclear en gran escala, sometida a un proceso de condensación gaseosa. Esta nube y en semejante estado, puede ser conducida a voluntad, con ondas de sonido encadenado, según la teoría del Profesor Heiz Zaiswolt. Y los abejorros son la ilusión óptica que producen estas radiaciones de la nube de fuego, que sirven de pantalla a lo que se quiera representar desde la conducción de la nube.

La exposición explicativa de Diana, aún sin comprenderla del todo, les satisfizo.

—¿Qué podemos hacer ahora?

—Detener a Yolanda de Maternich.

—Sí—asintió bruscamente Harry Morgan .

Hay que detenerla, aunque para ello tengamos que revolver el mundo entero.

—No hará falta tanto. Estoy seguro de que se encuentra en China. El Servicio Secreto Espacial chino la localizará inmediatamente. Ahora —siguió Ike con un feroz entusiasmo—es cosa de movemos, lo más aprisa que podamos.

El Jefe del Servicio Secreto Espacial, Harry Morgan, dio las

órdenes oportunas. Tres ayudantes suyos abandonaron rápidamente la lujosa Avenida 236. Y en el Departamen-to enclavado en el edificio de los Ministerios conjuntos, el maravilloso engranaje del Servicio Secreto Espacial, empezó a funcionar sin descanso. El aire llenóse de mensajes urgentes teledirigidos y no, que fueron contestados desde el otro Continente con una precisión matemática. Fue una labor ardua. Horas de intenso trabajo, en una búsqueda silenciosa y paciente, que no parecía acabar nunca. Pero el eficiente personal no se concedió descamo ninguno. Y este conjunto esfuerzo viose premiado al fin.

Aquella tarde, casi de anochecido, cuando las primeras estrellas comenzaron a hacer sus graciosos guiños entre dos luces, en el aeropuerto militar de las Naciones Unidas estaba dispuesta la salida. Cuatro gigantescas aeronaves espaciales, esperaban alineadas el momento de despegar.

Gun Loverman, el Delegado Especial del Estado, se hallaba en la torre de mando del aeropuerto. Varios jefes y oficiales le acompañaban. El silencio era absoluto. Su Excelencia consultó delicadamente su reloj de bolsillo. Luego, levantó su mano izquierda, bajándola con rapidez.

Era la señal de partida. Casi al mismo tiempo se oyeron las atronadoras explosiones de las descargas de arranque.

Las cuatro aeronaves surcaron el espacio juntas, dejando una estela de humo blanquecino, que ni las sombras de la noche pudieron borrar…

* * *

Aproximadamente a aquella hora en que las aeronaves partían hacia China…

En un bungalow maravilloso del vasto continente amarillo, había fiesta. Era un bungalow de refinado gusto. Estaba construido sobre una base de mármol rojizo, que dejaba al descubierto una parte de la misma, y su estructura era de maderas olorosas, trabajadas con un gusto especial. Se hallaba enclavado en las márgenes de un río viejo, pero más limpio que el cristal, por el que discurrían las aguas con mansedumbre. Esta noche había fiesta en él, a juzgar por los centenares de farolillos de colores, que iluminaban bucólicamente el paisaje.

En efecto, en su interior, unos músicos orientales interpretaban con sus rudimenta-rios instrumentos, una rancia música china. A sus sones bailaban, con movimientos pausados y graciosos, media docena de danzarinas chinas, ante Yolanda de Maternich, la joven,

envuelta en un kimono blanco, escuchaba sentada en el suelo. Estaba seductoramente hermosa. Su belleza morena, emergía de la blancura del kimono de seda, como las amapolas en un campo de trigo maduro.

Un servidor chino con la cabeza completamente rasurada, entróen la anchurosa habitación donde se celebraba la fiesta. Arrodillase ante Yolanda de Maternich y la saludó con una reverencia exagerada. La joven dio unas palmadas autoritarias que hicieron detener la fiesta.

—He dicho que no quiero ser interrumpida cuando tengo fiesta.

—Perdona a este gusano miserable—, excusose el recién llegado con voz firme—. Creí que te agradaría saber que ha llegado el honorable extranjero.

—¿Cuando llegó?

—En las primeras horas de esta tarde.

Las manos de Yolanda se juntaron, levantándolas hasta sus labios, en un gesto pensativo.

—Seguramente estará descansando en el laboratorio., ¿No es cierto?

—Sí. Allí está.

—Transmitele que, al amanecer del nuevo día, —me espere en la Gran Pagoda de la Montaña—.Yolanda de Maternich, esbozoó na sonrisa fría, pero cortes—.Allí iré, como de costumbre, a orar.

—Como ordenes.

El servidor chino inclinóse reverentemente y se fue de la estancia caminando para atrás, sin darle la espalda. Yolanda de Maternich no pudo evitar un suspiro. Después, con unas palmadas autoritarias, se reanudó la música y el baile. La fiesta continuaba. Pero la joven ya no oía con sosiego, ni veía tan siquiera a las danzarinas, su mente estaba ocupada, pensando en algo que la satisfacía interiormente.

* * *

Era media noche, cuando las cuatro aeronaves llegaron a las costas de China, descendiendo en el lugar previsto de antemano. Un numeroso grupo de agentes del Servicio Secreto Espacial chino, cumplimentaron a Harry Morgan. Este supo en seguida de la eficaz ayuda de sus colaboradores orientales. Yolanda de Maternich estaba localizada desde hacía varias horas y sujeta a una silenciosa vigilancia, en su lujoso bungalow. Los agentes chinos le pusieron en antecedentes de su proyectada entrevista con un honorable extranjero en la Gran Pagoda de la Montaña, Pagoda esta que

estaba a escasa distancia del bungalow, en donde la joven acostumbraba a entregarse a sus oraciones matinales. También le dieron cuenta de las actividades de Yolanda en aquella región; de su nefasta influencia en el Gobierno amarillo, más fuerte de lo que se había creído en un principio. Le enteraron del imponente Laboratorio que poseía en el pequeño desierto de Sein-Chung, que era temido por todos los habitantes de por allí.

Después de todas estas formalidades de rigor, los agentes chinos se pusieron incondicionalmente a sus órdenes, para acabar cuanto antes con aquella terrible amenaza para la paz del mundo.

Harry Morgan, ayudado por Ike estudió el asunto despacio, convocando inmediatamente a una reunión con todos los altos jefes que le rodeaban. En esta reunión se dispuso lo que debía hacerse, sin pérdida de tiempo.

En silencio y situados en sitios estratégicos, desde los que podían dominar fácilmente la situación, rodearon de fuerzas el Laboratorio del desierto de Sein-Chung, la Gran Pagoda de la Montaña y sus alrededores, reforzando convenientemente la vigilancia del bungalow. Harry Morgan, Ike y Diana, con un número considerable de fuerzas, se introdujeron en la Pagoda. Los monjes budistas fueron dominados en segundos y detenidos. Una vez cumplimentada esta operación, cada cual fue apostándose en el interior del gran templo budista, en espera del amanecer.

Las horas fueron pasando lentas y monótonas.

Diana acabó durmiéndose en su escondite, muy cerca de Ike y de Harry Morgan. Este fumaba cigarrillo tras cigarrillo, sin poder refrenar la impaciencia que le dominaba, Ike, por el contrario. limitábase a pensar. Iba recordando cuanto había sucedido desde que conociera a Yolanda. Y ahora comprendía muchas cosas. Lo que antes era un impenetrable silencio, que le llegaba a confundir, lo veía ahora con perfecta claridad. En su recordación sonrió subrepticiamente. Había estado a punto de enamorarse de la muchacha, como un imbécil. Hubiera sido una paradoja escalofriante. Aunque tenía que reconocer que la joven era brutalmente hermosa, un bello demonio, una serpiente del espacio. Al asociar a Yolanda con este alado animal, recordó la serpiente de oro con el rubí que emitía radiaciones. Instintivamente, volvióse a mirar a Diana, que seguía durmiendo con placidez...

Amanecía ya, cuando la radio portátil de Harry Morgan comenzó a hablar:

—¡Atención! Puesto de vigilancia en el bungalow. ¡Atención! Hablamos al Jefe Harry Morgan. ¡Atención! Yolanda de Maternich

está ahora saliendo de su casa. Varios servidores la acompañan. Corto.

Ike dio la voz de alerta a todos los apostados en el interior de la Pagoda china.

—¡Atención!—volvióse a escuchar la radio portátil—. Puesto de vigilancia en los alrededores de la Gran Pagoda de la Montaña. ¡Atención! Hablamos al Jefe Harry Morgan. ¡Atención! Yolanda de Maternich se dirige a pie, con bastantes hombres chinos, hacia la gran Pagoda. Corto.

Los momentos que siguieron fueron de una tirantez enorme. Hasta que, al fin, lke pudo ver como hacía su entrada Yolanda. Iba descalza. Unos cuantos servidores suyos la seguían de cerca. Vestía un kimono amarillo de color fuerte, con flores negras.

Los criados chinos encendieron todos los pebeteros que había a ambos lados del monstruoso Buda. El templo llenóse de un humo azulado de penetrante olor. Después, los criados se retiraron a prudente distancia. Yolanda avanzó poco a poco hacia la escalinata del gran Buda. Allí despojóse de su kimono, apareciendo con una túnica de seda, color azul celeste. Se arrodilló. Acto seguido, fue quemando sus oraciones escritas, con una gracia ritual llena de exótico colorido.

La radio portátil oyóse nuevamente:

—¡Atención! Puesto de vigilancia en los alrededores de la Gran Pagoda de la Montaña. ¡Atención! Hablamos al Jefe Harry Morgan. ¡Atención! Un hombre blanco, completamente solo, se dirige hacia ahí. Corto.

Ike observaba atentamente, con una visible inquietud. Pasaron unos minutos.

—¡El Profesor Douglas Lin!—exclamó sin poderse contener, con el mayor de los desconciertos—. No es posible.

Pero no se engañaba. El recién llegado era el Profesor. Sus angulosas facciones parecían acusarse esta mañana. Vestía un traje colonial de impecable corte inglés. En su rostro veíanse las huellas de una visible preocupación. Resueltamente fue abriéndose paso por entre los servidores chinos, hasta acercarse a Yolanda. Esta continuaba, de rodillas, entregada a sus oraciones budistas.

—Yolanda de Maternich—la saludó con voz suave—. Que Buda te conceda cuanto deseas.

Yolanda, en aquella actitud recogida, volvióse pausadamente hacia el Profesor, con una sonrisa alegre en los labios.

—Mi querido Profesor Douglas Lin. Le doy la bienvenida.

—Gracias.

—Es un placer tenerle entre nosotros.—Levantóse sin apresuramientos, con una delicadeza muy oriental—. Un gran placer. Su llegada, Profesor Lin—dijo la joven con un brusco cambio de voz—es muy oportuna. Porque Buda no puede esperar más.

—No te comprendo.

—Está claro. La gran ofensiva contra el mundo va a. comenzar. China, mi sagrada patria, va a levantarse en son de guerra, para conseguir la hegemonía, no sólo del mundo, sino del universo entero. Buda lo quiere.

—Pero... Creo que es prematuro. Todavía las sospechas no se han disipado completamente.

—Estoy segura de que sí. Les confundimos con el mensaje en Morse, dando el nombre del funeral Mac Turv y con mi desaparición. Pero aunque así no fuera—dijo Yolanda con una dureza indescriptible—la ofensiva no puede retrasarse ya. Esos estúpidos blancos conocerán el poder de la gran China, Es mi país, por su civilización y su cultura las más antiguas del mundo, el que debe regir los destinos de la Tierra.

—Insisto en que es un poco pronto—atrevióse a insinuar el Profesor Douglas Lin.

—¿Pronto? La impaciencia nos consume. No esperaremos más. Es tiempo ya de demostrar el divino poder que nos corresponde. Atacaremos sin dilación y nadie podrá detenemos.— Yolanda hallábase poseída de un fuego fanático v despiadado—. Usted será, antes de lo que cree, el Presidente de las Naciones Unidas.

Los azules, e inexpresivos oíos del Profesor Douglas Lin brillaron codiciosos.

—Sea, pues, como tú quieres.

—Atacaremos muy pronto.

Yolanda irguióse en una desafiante actitud. Con la cabeza levantada y mientras cerraba los ojos con sentimiento y con éxtasis, fue acercándose a la gran estatua de Buda, que residía la Pagoda. Subió la ancha escalinata que le separaba del ídolo y allí dijo con voz fuerte y emocionada:

—¡Buda, novena encarnación de Visnú, diosa del Cielo, escúchame! Ayuda a tu pueblo, en este trance difícil de nuestra historia. Vamos a la guerra contra los occiden-tales, contra el mundo entero. Ayuda a tu pobre China y haz que la victoria nos abra los brazos o que perezcamos todos en la lucha. ¡Oh, Buda!...

Sus palabras resonaron en aquellas bóvedas milenarias. Fue entonces cuando Harry Morgan dio la orden de fuego. El estruendo fue infernal. De todas partes comenzaron a salir las descargas de los

rayos masivos con su estruendo pavoroso. Los servidores chinos de Yolanda cayeron fulminados por las descargas. Y también el Profesor Douglas Lin yacía muerto a los pies de la escalinata. Sólo Yolanda, sobrecogida de terror, permanecía como hipnotizada, con los ojos desorbitadamente abiertos, mirando al horroroso Buda.

Harry Morgan, Ike y Diana, con todas las fuerzas apostadas allí, salieron al descubierto. La matanza había sido horrible.

—Yolanda de Maternich, ¡queda detenida! Responderá de sus implacables crímenes ante el juicio de Dios y el de los hombres.

—¿Yo detenida?

—Usted, que es un monstruo de maldad.

—Nadie podrá detenerme. Yo tengo que liberar a China. Tengo que ponerla en el pedestal del mundo. ¡Lo he jurado por mis antepasados!...

Ike decidióse a intervenir, con los nervios rotos.

—Da gracias de que no te despedazamos con nuestras manos. ¡Asesina! Prendedla en seguida.

—¡No me cogeréis jamás !—dijo mordiendo las palabras. En un brusco movimiento, arrancó la caperuza de un cabezudo que llevaba, como anillo, en su mano izquierda. Un rubí, con radiaciones, apareció fulgurante en su dedo—. Moriréis todos, antes que yo.—Y dando un grito pavoroso, abalanzóse sobre Ike—. ¡¡Ayúdame, oh Buda!!...

—Cuidado, Ike, ¡las radiaciones! — advirtió alocadamente Diana.

—¡Que no se mueva nadie!

Yolanda e Ike rodaron por el suelo. Fue una lucha desesperada, a muerte. El peligro que suponía aquel rubí, parecía aumentar la fuerza de los contendientes. Al joven pelirrojo le dio la impresión de estar combatiendo con una pantera enfurecida; tal era la impetuosa agresividad de Yolanda. Un pánico espantoso se apoderó de todos los presentes. La expectación era enorme. Sólo habían ojos para aquella escena, con caracteres de bestialidad inigualable. Todos contenían la respiración, en una espera angustiosa, que se arrastraba...

Al fin, levantóse apresuradamente Ike, dando traspiés como un borracho. Diana corrió a abrazarse a él y apartarlo de allí.

—¡Miren!...—fue la exclamación alucinante de Harry Morgan.

El espectáculo que se ofreció a los ojos de todos fue terrorífico. Seguramente en la pelea, Yolanda había tocado el fatídico rubí. Y en aquel momento experimentaba las terribles consecuencias de sus radiaciones. Su cuerpo iba paulatinamente desfigurán-dose, como si

se hallara bajo los efectos de un fuego devorador o de un líquido corrosivo en grado sumo. Era espantoso. Su carne caía en pedazos, desapareciendo comida, descubriendo su esqueleto, que también era comido por las radiaciones...

—Yolanda de Maternich.

—Aquí acaba su vida de crímenes.

—¡Dios mío!

—Nadie escapa a la justicia.

—Era una serpiente del espacio—dijo Ike sentenciosamente—. Que quiso dominar con su fascinante belleza y su maldad al mundo. Y el mundo la ha vencido a ella, como a todos los que intentan imponerse, sin escrúpulos, para lograr su desalmada ambición.

—Que Dios la perdone—exclamó Diana emocionada—como nosotros la hemos perdonado.

Inmediatamente se dispusieron a cumplimentar las órdenes de Harry Morgan, para terminar de una vez con aquella organización china del espacio. Los hombres se movieron con inusitada rapidez. Una de las órdenes del Jefe del Servicio Secreto Espacial, fue dada por la radio portátil.

—Aquí Harry Morgan. ¡Atención! Orden terminante: ¡Destruyan el Laboratorio de Yolanda de Maternich! Corto.

Siguieron unos minutos de espera. Después se oyeron casi seguidamente unas atronadoras explosiones sucesivas. La Gran Pagoda de la Montaña tembló toda ella por el espantoso estruendo. Luego, nada. Se hizo el silencio; un silencio que ponía fin al alucinante misterio de la nube de fuego y los abejorros gigantes.

* * *

Días más tarde, pero ya a pleno sol, las cuatro aeronaves espaciales, bajo el mando de Harry Morgan, volaron por el cielo chino, rumbo al Continente Americano. En sus estelas, uniformes y blanquecinas, había como un canto al heroísmo; un homenaje de felicidad y de paz, a los que, con su sangre contribuían, en el anónimo, abnegadamente, a la consecución del triunfo, por un mundo mejor para todos.

FIN

J AIM IT O

La publicación infantil más graciosa e interesante

PUBLICA MENSUALMENTE

SELECCIONES

DE JAIMITO

un extraordinario con
36 PAGINAS

Rebosante de historietas cómicas, chistes, aventuras y pasatiempos, seleccionados para diversión y recreo de los lectores.

UNA PUBLICACION CREADA

Para alegrar y divertir

¡QUE HA CONSEGUIDO SU OBJETIVO!

Léala y será de los nuestros.

COLECCIÓN LUCHADORES DEL ESPACIO

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

117. —El silencio de Helión, *Robín Carol.*
1. —Ventana al Infinito. *J. Negri O'Hara.*
2. —El Planeta errante. *Karel Sterling.*
3. —Regreso a la patria. *George H. White.*
4. —Lucha a muerte, *George H. H. Whíte.*
5. —Cautivos del Espacio, *Joe Bennett.*
6. —Vacío siniestro. *Joe Bennett.*
7. —Detrás del Universo. *Karel Sterling.*
8. —¡Karima!, *Profesor Hasley.*
9. —Él bosque petrificado. *Profesor Hasley.*
10. —Energía Z. *Profesor Hasley.*
11. —Fantasmas siderales, *Karel Sterling.*
12. —El túnel transatlántico, *Profesor Hasley.*
13. —El mundo subterráneo. *Profesor Hasley.*
14. —Entre Marte y Júpiter, *Joe Bennett.*
15. —Separación Asteroidal. *Joe Bennett.*
16. —Náufragos del Universo, *Joe Bennett.*
17. —La Isla de otro mundo, *Eduardo Texelra.*
18. —El tiempo desintegrado. *Karel Sterling.*
19. —El conquistador del mundo, *Prof. Hasley.*
1. —El ejército sin alma. *Prof. Hasley.*
2. —Mensajes de muerte, *Karel Sterllng.*
3. —Motín robótico. *Joe Bennett.*
4. —Cita en la Luna, *Van S. Smith.*
5. —Misterio en la Antártida, *Larry Winters.*
6. —Cosmoville, *Joe Bennett.*
7. —Ataúdes blancos de Oberón, *Karel Sterling.*
8. —Nosotros loa marcianos, *Karel Sterling.*
9. —El doble fatal. *Joe Bennett.*
10. —La ruta perdida, *Karel Sterling.*
11. —Embajador en Venus, *Van S. Smith.*
12. —El astro prohibido, *Joe Bennett.*
13. —Niebla alucinante. C. *Aubrey Rice.*
14. —La hierba del cielo, *Joe Bennett.*
15. —¡Nos han robado la Luna!, *Joe Bennett.*
16. —Rutas Ignoradas, J. *Neg-rl O'Hara.*
17. —Un cadáver en el aerolito, *Henry Keystone.*
18. —La Diosa de Venus, *Joe Bennett.*
19. —Condenados a morir, *Joe Bennett.*
20. —La barrera de las sombras, *A. S. Jacob.*
21. —Las huellas conducen... al Infierno, *Van S- Smith.*
22. —El Planeta de nadie, *Henry Keystone.*
23. —Regresaron dos muertos, *Joe Bennett*

1. —El mundo de los seres condenados, *J. Negri O'Hara.*
2. —E1 Planeta maldito, *P. Danger.*
3. —Asesino Interplanetario, *Henry Keystone.*

4. —**Extraños en la Tierra*, Van S.* Smith*,***
5. —**Marionetas humanas, Víc Adame**
6. —**La nave pirata*, Joe Bennett.***
7. —**Los aventureros de Júpiter*, Joe Bennett.***
8. —**Cuatro a Mercurio, Peter *Kapra.***
9. —**Donde empieza el límite. J. *Negri O'Hara.***
10. —**La onda invencible*, Joe Bennett.***
11. —**Eratom 225, Prof. *Hasley*.**
12. —**Después de la hora final*, Van S.* Smith.**
13. —**Bases submarinas, J. *Negri O'Hara.***
14. —**Nieblas blancas, P. Danger.**
15. —**Submares de muerte. *Joe Bennett.***
16. —**La espacionave del terror. *Joe Bennett.***
17. —**Las estrellas amenazan*, Van S. Smith.***
18. —**Rebelión en la galaxia*,* V. *A. Cárter.***
19. —**El umbral de la Antártida*, P. Danger.***
20. —**Los hombres del más allá. P. *Danger,***
21. —**Bloqueo en el espacio. *Ray Kualiter.***
22. —**La muerte azul*, V. A. Cárter.***
23. —**Un mensaje en el espacio*, Van S. Smith.***
24. —**Viaje hacia la muerte*, Prof. Hasley*.**
25. —**¡Descohesión !, P. *Danger.***
26. —**La nueva raza*, V. A. Cárter*.**
1. —**El extraño viaje del Dr. Main. *Van, S. Smith*.**
2. —**Venus llama a la Tierra*, Van S. Smith.***
3. —**Sonidos silenciosos de Venus*, V. A Cárter.***
4. —**La ruta de los pantanos, P. *Danger.***
5. —**¡Ayúdanos, terrestre!, V A. *Cárter.***
6. —**Polizón en el espacio, *Edward Wheel.***
7. —**El nuevo poder*, Van S. Smith***
8. —**Prisión cósmica, V. A. Cárter.**
1. —**El misterio de la misión Silverton*, J. Negri O'Hara.***
2. —**Intrusos siderales. *Van S. Smith.***
3. —**La Tierra no puede morir, V. *A. Cárter.***
4. —**La amenaza sin nombre, P. *Danger.***
1. —**Luna ensangrentada*, Van S. Smith.***
2. —**Diablos de la Ionosfera*, Van S. Smith.***
3. —**Viaje al infinito*, P. Danger.***
4. —**Cargamento para el infierno*, V. A. Cárter.***
5. —**La locura de Bevinton*, Van S. Smith.***
6. —**El planetoide maldito*, Van S. Smith.***
7. —**Los Hombres Gusano de Cerea*, Leo MacDonal.***
8. —**Los Vampiros de la Muerte*, Leo MacDonal.***
9. —**Cautivos de Voidan*, V. A. Cárter.***
10. —**Atentado a la Tierra*, J. Scott Barry*.**
11. —**Comandos en el espacio*, Edward Wheel.***

La más brutal de las guerras atómicas se desencadena sobre la Tierra. Las ciudades son destruidas en pocos segundos y la Muerte extiende su negro manto sobre nuestro planeta.

Un hombre, ayudado por una bella enfermera intenta detener aquella destrucción, pero

LA MUERTE SILENCIOSA

no puede ser detenida.

Llegó a la Tierra para prevenir a los terrestres, pero la Muerte se apoderó de él y un hombre sin empleo, derrotado por la sociedad, se hizo cargo de su peligrosa misión contra los autómatas de Marte.

LA MUERTE SILENCIOSA

La experta pluma de

HENRY KEYSTONE

le llevará a vivir los últimos momentos de la Tierra, azotada por un huracán de odio y muerte.

Reserve su ejemplar. Aparecerá en el próximo número de la famosa colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio: 7 pesetas.

Distr. en Argentina por ALFIL. S. A. Maipú, 924. Bs. As.